

CENIT

sociología
ciencia — literatura



Dr. Emilio Mira: ¿Cuáles son los rasgos fundamentales de la conducta revolucionaria? — A. Arsi: Almadén, joya de suprema codicia.—Luce Fabbri: El anticomunismo, el antiimperismo y la paz.—Makhno y Lenin: Una entrevista histórica.—Tom Brown: ¿Tradeunionismo o radicalismo?—Federica Montseny: Dos libros de Salvador Garmariaga.—Ugo Fedeli: Historia del Movimiento Anarquista en Francia.—Campio Carpio: Presencia y presencia de Miguel Hernández.—Angel Samblancat: El roble foral.—Wladimiro Muñoz: Cenón de Cittium.—Miguel Amos Carrión: La hache.—R.I.A.: Apuntes para una Biografía Anarquista del Japon.—Pedro Felipe Monlau: Cómo se fija un idioma y cómo se lo el castellano.—Nuestra porada.—Poetas de ayer y de hoy: siempre, por Miguel de Sandoval.—Notas varias.



Ayuntamiento de Madrid

septiembre

1952

21

REVISTA MENSUAL

NUESTRA PORTADA

«El Beso», de Rodin, es una de las mejores obras escultóricas del gran artista que llena, con su nombre, todo el fin del siglo XIX y el principio del XX en la estatutaria francesa.

La pujanza, la sensualidad sana, el vigor, la gracia permanente del arte de Rodin, sin un desmayo, sin una fisura nunca, aparece en toda su plenitud y su magnificencia en esta obra, considerada, con «El Pensador», «La edad de bronce» y «San Juan Bautista predicando», lo mejor de Augusto Rodin.

«El Beso» fué modelado para formar parte de un monumento escultórico de proporciones y perspectivas formidables que hubiese igualado el arte monumental de Rodin a las mejores producciones arquitectónicas de Miguel Angel: «La Puerta del Infierno», que Rodin no pudo realizar por la oposición sistemática de que fué víctima a lo largo de su vida de artista revolucionario.

«CENIT», al reproducir esta escultura, rinde homenaje a lo que representó y lo que representa Rodin en el arte universal: el culto de la belleza, el arte libre al servicio de la causa de la humanidad.

LA PENSÉE CHINOISE ET SON RÔLE DANS LA GRANDE SYNTHÈSE HUMAINE

por Paul GILLE

Se trata de un breve estudio de psicología, en donde, de una manera clara y concisa, queda reflejado el fondo moral que ha caracterizado, desde los tiempos más remotos, la filosofía de los pensadores chinos. Es una exposición objetiva que ha de interesar a todo aquel que se complazca en estudiar la evolución del pensamiento ético al través de los tiempos y de los pueblos.

Este opúsculo, incluidos gastos de envío, se sirve a 60 francos. Pedidos a «CENIT», 4, rue Belfort, Toulouse (Haute-Garonne).

CENIT

REVISTA MENSUAL
DE SOCIOLOGIA, CIENCIA
Y LITERATURA

x

Comisión de Redacción: Peirats, Ferrer.

Administrador: F. Montseny, 4, rue Belfort, Toulouse (Haute-Garonne).

Precios de suscripción: Francia, 204 francos trimestre; Exterior, 240 francos.

Número suelto, 80 francos.
Paqueteros, 15 por 100 de descuento a partir de cinco ejemplares.

Giros: «CNT», hebdomadaire.
C.C.P. 1197-21, 4, rue Belfort,
TOULOUSE (H.-G.).

¿CUALES SON LOS RASGOS FUNDAMENTALES DE LA CONDUCTA REVOLUCIONARIA?



DESDE luego, antes de ensayar definirlos precisa que hagamos una salvedad: no entendemos por conducta revolucionaria la del que vive durante la revolución ni mucho menos la del que vive de la revolución, sino la del que vive la revolución y es, por lo tanto, una parte de su Todo. Claro es que en este vivir la revolución cabe distinguir un vivir para, un vivir contra y un vivir en ella. Lo primero corresponde al revolucionario auténtico, lo segundo al contrarrevolucionario también auténtico y lo tercero al hombre indeciso y fluctuante que aun sintiéndose absorbido por la vorágine revolucionaria y hondamente conmovido por ella no acierta a vincularse en una dirección de conducta determinada y aparece absorto y desorbitado, pagando con sus íntimas tribulaciones la falta de adopción de ésta.

Pues bien, si tomamos como pauta inicial para nuestro estudio el caso típico del que podríamos denominar revolucionario cien por cien veremos que, aun reconociendo la gran variedad de sus posibles pautas de reacción, que más adelante clasificaremos, es posible deducir de éstas, como rasgos generales y característicos de su conducta en el período álgido los siguientes:

1. LA TRASCENDENCIA DEL SER.—En efecto, el revolucionario se halla «fuera de sí», es decir, trascendido. Toda su conducta no aparece orientada por motivos personales y concretos sino por normas genéricas dogmáticas y abstractas. Incluso cuando tales normas descienden a la categoría pedestre de «consignas» circunstanciales el revolucionario las aplica con tan implacable rigor y homogeneidad que las eleva plenamente al plano impersonal, ideal, en que se desarrolla su actividad.

2. LA DESAPARICION DE LA ECUANIMIDAD Y DE LA RELATIVIDAD EN LAS FUNCIONES JUDICATIVAS, CON LA CONSIGUIENTE ABOLICION DE LOS MATICES REACCIONALES.—Falta, en efecto, en la conducta revolucionaria la ponderación habitual en las actividades de los tiempos normales. El revolucionario que echa sobre sus hombros la tarea ingente de transformar el mundo, se ve obligado a sacrificar a ella cuanto pueda representar un retraso o una limitación de eficacia y adopta, aun sin propñérselo, la ley del Todo o Nada como norma y guía en su actuación. Esta ley, por lo demás, sabemos que rige todas las actividades primarias de la vida, es decir, las que tienen por objeto asegurarla fundamentalmente; en el organismo, por ejemplo, el corazón—órgano vital por excelencia—responde de acuerdo con ella a las excitaciones y se contrae con el máximo esfuerzo o no se contrae. Así el revolucionario en acción no responde a la llamada o lo hace con toda la energía de que es capaz en todos los aspectos de su Ser. Debido al imperio de tal Ley todo el contenido psíquico se reestructura y simplifica de acuerdo con el criterio dicotómico: *cum me o contra me*. Las gentes se alinean en dos grupos bien precisos: hermanos y enemigos, creyentes y apóstatas, héroes y traidores. No puede haber soluciones intermedias en ningún caso: o triunfo o derrota, o salvación o muerte. Por ello todo el mundo sabe que la justicia revolucionaria solamente maneja, cuando es típica, esos dos términos y envía a sus inculcados a la calle o al cementerio. Pedirle a un revolucionario que introduzca distinguos y matices en su conducta, es pedirle tanto como que la mixtifique y pierda una de sus más esenciales características, derivadas, además, de la que hemos citado en primer lugar. Porque resulta evidente que por hallarse trascendido y «fuera de sí» sus normas de

actuación han de resultar impersonales y por tanto su conducta ha de serlo también.

3. AUMENTO DESMESURADO DE LA AMBICION Y DE LA CONCIENCIA DEL PODER.—Corolario de los rasgos anteriores es el hecho característico de que cada revolucionario en funciones se siente engrandecido en su poder y capaz de emular en cualquiera de sus gestas al jerarca más dominador. No obstante, conviene hacer notar que esta «sed de poder» y esta «creencia en su poder» que exhibe el revolucionario no tiene—salvo en los especiales casos en que representa una reacción ante un previo complejo de inferioridad—un significado de egolatría. En realidad el revolucionario solamente se siente omnipotente en la medida en que se juzga parte integrante de la revolución y depositario de su gran potencial de acción. Si se atreve a cada momento a tratar de igual a igual, o incluso de más a menos, a las autoridades y magnates es porque en aquel momento prescinde de su personalidad y encarna el impersonal e invencible espíritu de la revolución.

Pera basta con coger a cualquiera de estos revolucionarios y transportarlos en vuelo más allá del área o zona de su directo y libre influjo para que, sin que se produzca como es natural en ellos el menor cambio ideológico, se modifique su conducta y su actitud hasta el punto de que su mayor anhelo sea entonces el pasar desapercibido.

Y es que si analizamos a fondo este rasgo veremos que lo que verdaderamente satisface al revolucionario no es, como el dictador, el poder *per se*, es decir, el poder como fin y como «goce», sino el poder como medio o arma del «hacer», del crear o del obrar. En este sentido puede decirse que si bien no todos los obreros son revolucionarios todos los revolucionarios son obreros. Y obreros que llevan con tal fuerza incrustada en su ser la necesidad de su trabajo que ni por un momento descansan de él y lo efectúan con obsesante ardor. De este ardor y de esa fe deriva en buena parte la seguridad de su eficacia y la creencia en su poder.

4. COMPRESION DEL TIEMPO Y DE LA DISTANCIA POR ACELERACION DEL CURSO REACCIONAL.—He aquí uno de los rasgos más curiosos de la conducta revolucionaria que la asemeja a la conducta hipomaniaca. El revolucionario vive de prisa y no tiene espera. Cada minuto es una hora para él; si conduce un auto lo lleva a velocidades fantásticas, si come lo hace de un modo atropellado, cuando habla se le escapan las palabras sin apenas poderlas engarzar sintácticamente y puede incluso resultar un tanto incoherente su discurso... pero la falta de precisión de su contenido es de sobras compensada por la riqueza expresiva de sus gestos y ademanes. Quien le ve y le escucha no puede permanecer indiferente y siente bullir y pulsar nuevas inquietudes; su valor de excitación (de «agitación» se dice en argot revolucionario) resulta inmenso.

Esta comprensión del tiempo, asegurada por la aceleración del curso de los procesos psíquicos, y de la distancia, afianzada por el mayor vigor y rapidez de sus movimientos determinan en conjunto un acercamiento de los objetivos y una «facilitación» de los resultados que causa sorpresa a quien contempla tales sucesos en un clima marginal. En suma, la conducta revolucionaria no solamente es

dinámica sino dinamizante y tiene la virtud de «sacar de quicio» al más flemático observador.

5. MODIFICACION Y FRECUENTE INVERSION DE LA ACTITUD REACCIONAL FRENTE A LAS SITUACIONES HABITUALES.—Este es, sin duda, el rasgo más objetivo y característico de la conducta revolucionaria. Se observa en cualquiera de sus fases, no solamente la alteración de las reacciones intelectual y afectiva, sino de la actitud conativa. Resultado de ello es una reorientación de los círculos de interés y de los planos de vida: el trabajo profesional es generalmente relegado a un plan secundario o totalmente suprimido, se cambian las horas de la vida doméstica que asimismo se reduce a su mínima expresión, y se substituyen amistades, se trastocan, también, las pautas de la vida sexual, en una palabra, se produce individualmente una «revolución de la propia conducta», no siempre de acuerdo con las normas que se quiere imponer a los demás. Esto da lugar a contradicciones aparentes y a críticas acerbadas por parte de quienes pretenden analizar la conducta revolucionaria bajo el prisma de la lógica fría e inmediata. Tales sujetos acostumbran a calificar de «vida desordenada» este conjunto de modificaciones y contrastes que caracterizan la existencia revolucionaria; en realidad tal desorden es solamente superficial y debe ser considerado más bien como «otro orden». Así, es cierto, por ejemplo, que un sin fin de actitudes de inhibición son ahora substituidas por reacciones de excitación o viceversa, a la vez que se producen no pocas reacciones paradójicas y otras siguen invariables, pero lo importante del caso es que con el tiempo tales cambios se afianzan y estabilizan, de suerte que en líneas generales el futuro «modo existencial» del revolucionario se apoyará básicamente en las directrices o rectores de acción que ahora se nos presentan por contraste como elementos de desorden. Por ello se encuentra perfectamente justificado hablar de un «orden revolucionario» en oposición al «orden habitual» hasta entonces, pero no están en lo cierto los que por sistema oponen el «desorden y el caos» de la Revolución al «orden cósmico» de los llamados tiempos de paz.

6. ESTABILIDAD Y CONTRADICCION DE LA ETICA.—Corolario de la característica anterior, que merece no obstante destacarse por su importancia, es la profunda y compleja alteración que experimenta la denominada «esfera moral» de la personalidad revolucionaria o, dicho más exactamente, el aspecto ético de sus motivaciones prácticas. Esta aparente contradicción en realidad no pasa de ser el reflejo de la dualidad de mundos en que se desarrolla toda la actividad del revolucionario, pero aquí se manifiesta de un modo tan impresionante que constituye una de las características más discutidas e incomprensibles de su conducta. Así, es normal, por ejemplo, que con pocos minutos de diferencia un auténtico revolucionario decida: Primero, someter a pena de muerte a un camarada que ha sido sorprendido cogiendo X cantidad del cajón donde se guardan X bienes que acaban de ser «requisados» por un procedimiento similar; y segundo, dar X Z de estos bienes a la viuda del condenado con el fin de aliviar su situación pecuniaria; o que con igual brevedad de tiempo sospeche y haga detener a un antiguo amigo por creer que dada su anterior ideología constitu-

ye ahora un estorbo y dé crédito en sus manifestaciones a un desconocido que se le presente como un exaltado adicto a la causa. Unas veces implacable y otras excesivamente tolerante; unas veces receloso y otras cauto, tan pronto ingenuo como maquiavélico, ora generoso ora egoísta, el revolucionario nos muestra en el curso de un día tal variedad de actuaciones antinómicas que no es posible aplicarle un calificativo moral, ni siquiera limitándolo al área personal en que las realiza. Ello es una prueba más del hecho, ya señalado anteriormente por nosotros, de que la conducta moral no obedece a pautas lógicas y universales y sí, directamente, a la actitud afectiva dominante en cada momento y lugar. Por el hecho de vivir el revolucionario una existencia pasional y hallarse reactivada su afectividad este rasgo se revela con mayor nitidez; pero puede, por lo demás, ser comprobado a cada paso en cualquiera de los demás existires humanos.

7. POSICION CIENTÍFICA ANTE EL HECHO REVOLUCIONARIO.—Por otro lado más peligroso y menos veraz cabría asimismo llegar a idéntica conclusión: considerada desde el punto de vista biológico en todas sus dimensiones la Revolución es un proceso natural, que desborda los límites de la conciencia individual y trasciende de los dominios de la vida cósmica exactamente lo mismo que las epidemias, los terremotos y las inundaciones. En la vida natural no cabe aplicar la medida ética, que es propia solamente del campo de las categorías y valores del mundo inextenso. Hemos dicho, no obstante, que tal concepción justa en su primera parte, es peligrosa y, además, inexacta, en la segunda. ¿Por qué? Sencillamente, porque de un modo encubierto supone una negación absoluta de valor moral al movimiento revolucionario, considerándolo en su conjunto como un paréntesis en la vida del espíritu. Y esto no es cierto: en ninguna otra época como durante la Revolución los hombres sienten una mayor preocupación por los motivos morales de su conducta. Es más: quizás más que como cambio de una Cultura la Revolución se presenta y anuncia como el cambio de una Moral.

Si la preocupación (Sorge) parece ser uno de los hechos fundamentales de la existencia humana, la preocupación ética lo es, sin duda, de la existencia revolucionaria. Precisamente lo es porque el revolucionario para cambiar la organización social no dispone de nuevas reacciones, sino de las antiguas que ahora aplica con arreglo a un criterio distinto, es decir, de acuerdo con una nueva **motivación**.

Este cambio le plantea a cada momento el problema ingente de aplicar de un modo equitativo y ecuánime, ante la concreta e inmediata realidad, una serie de abstractas aspiraciones y principios

que ahora han de traducirse en actos ejemplares. Y claro es, por muy desarrollada que se encuentre en él la autocrítica y por muy aficionado que sea a utilizar su aparato lógico, no tiene otro recurso, por lo general, que decidirse a actuar de un modo intuitivo, es decir, dejándose llevar de la tendencia afectiva prepotente en aquel instante. De aquí las múltiples contradicciones y las infinitas rectificaciones de su conducta.

En suma, del propio modo como la rata en el laberinto de Porteus aprende a fijar un nuevo esquema reaccional mediante los ensayos y errores **motrices**, el revolucionario se ve obligado a elaborar nuevas pautas de conducta a base, también, de ensayos y errores de **acción**. Por eso puede afirmarse científicamente que todo auténtico revolucionario ha de ser un **hombre de acción**. Si intenta realizar una revolución con la única ayuda de su pensamiento lógico, fracasará tan ruidosamente como el que se eche al agua sin haber nadado nunca y no cuente con otra ayuda que el conocimiento «teórico» de los movimientos que precisa hacer para mantenerse y progresar en ella.

Si esto es cierto—y creemos que lo es—cabe ahora preguntar a los puritanos y espantadizos que reniegan de la Revolución por las transgresiones que de sus principios e ideales cometen quienes la impulsan en sus primeras fases: ¿por ventura todo aprendizaje de una técnica no realiza a diario mil y un errores y disparates al aplicarla? ¿Acaso cabe renunciar a las operaciones quirúrgicas porque algunos enfermos sufran las consecuencias del inevitable aprendizaje de los cirujanos? O dicho aún más crudamente: si no hay parto sin dolor ni creación sin sufrimiento, ¿puede haber quien en justicia defienda la teoría de que se ha de renunciar a la creación de un mundo y de un hombre nuevos por las penalidades que entrañe inevitablemente? Tan sólo el que no vea más allá de sus narices podrá sustentar tal criterio.

Además y aun contra todas las apariencias la Revolución no es un fenómeno que pueda producirse o inhibirse a voluntad, por un genio o por un grupo audaz, sino un proceso biológico que se prepara y estalla movido por fuerzas y favorecido por circunstancias que desbordan el campo de la voluntad humana. Desde este punto de vista, y sólo desde él, cabe considerarla un hecho tan fatal y natural como los grandes cataclismos geológicos.

La posición científica y justa no es, pues, la de juzgarla buena o mala, conveniente o contraproducente, sino la de estudiarla de un modo objetivo para procurar obtener de ella los máximos provechos con el mínimo de inconvenientes.

Dr. Emilio MIRA

ALMADÉN

JOYA DE SUPREMA CODICIA



TIERRA yerma, tierra esteparia, tierra desagradecida, margosa, productora de abrojos y plantas salvajes, es atravesada por los cuchillos cortantes de su esqueleto silíceo, los que se elevan amenazantes hacia el cielo seco y cálido de aquel país de hornos y de cambios rápidos de temperatura. Tierra inhospitalaria sostenedora a medias de razas abúlicas y perezosas por razón de la incontinencia de todos los elementos naturales.

Tierra por la que se pasaría con rapidez y enojo, por las condiciones indicadas y por su aislamiento, puesto que es una ola pétrea más del mar continental de arcillas, margas españolas. Pero...

La agudeza del pico y el corte de la barrena que hincan y perforan las masas cristalinas del subsuelo como respondiéndole a un capricho loco de infructuosos resultados. A las entrañas de aquella tierra indómita, los pliegues de aquel mar petrificado se convulsionan con el estampido de los barrenos y se vivifican con la actividad incesante de un hormiguero de mineros.

Es el talento, es la previsión, es la audacia de la constancia y el trabajo que ven más allá de los espíritus simples y cobardes, que los holgazanes, que los descreídos, que los pesimistas, es la idea que guía la acción, es el alma que estimula al cuerpo, es la vida que vence la inacción.

Una roca cortante como el acero y roja como la sangre se encuentra en el fondo de los pozos y en el testero de las galerías; la roca codiciada, la roca rara, la roca prodigiosa que ha de producir la maravilla admirable del metal líquido, denso y brillante, padre de infinidad de productos de utilidad y de progreso para la humanidad. Y la roca es quebrantada y triturada y extraída al aire, a la fábrica, al recuperador para transformarla en ese admirable producto que se llama MERCURIO, flúido y escurridizo como el aceite y más pesado que el metal más pesado, blando y reluciente como plata líquida, que se puede guardar en botellas y que forma horizontes artificiales colocado en vasijas.

Almadén, que en árabe significa «la mina», tiene la misma una historia de siglos, historia luminosa de trabajo, de constancia y de sacrificio, porque los vapores del mercurio corroen los huesos de los hombres y los convierte en pulpos inhábiles e impotentes como monstruos de leyenda, que han de vivir por toda su vida a merced de la caridad y de la compasión de sus semejantes, después de haber hecho dejación de su salud para progresar salud y progreso a los demás.

Desde la dominación romana existen noticias de los yacimientos de Almadén. La antigua ciudad de Sisapón ha sido célebre por las minas de mercurio y ha dado nombre a la región que se la llamaba «Sisaponova». Las ruinas de esta antigua ciudad se hallan cerca de Valdeazogues, a unos diez kilómetros al norte de Almadén.

Los cartagineses explotaban estos yacimientos, de los cuales obtenían «Argentum Vivum» con mayor abundancia que en ninguna otra región. Los escritos de Teofrasto (322 años antes de J. C.) y de Vitrubio, demuestran ya que eran conocidos los yacimientos de «Giros» o «Hydrargiros», de donde se extraía el vermellón que se llevaba a Grecia y Roma.

En tiempos de la dominación árabe las minas fueron explotadas, aunque no conste en documentos fidedignos, ni tengamos otro testimonio que la crónica del moro Rasis y la crónica del historiador Lafue, donde describe el palacio de los califas de Medina Zahara, en el que existía la fantástica joya de una fuente de azogue, procedente sin duda de Almadén.

Pero los testimonios huelgan donde desde el nombre del pueblo hasta el más pequeño artefacto demuestran el idioma de los que sin duda alguna introdujeron y acostumbraron a su empleo a los indígenas.

De no ser así, ni la villa se llamaría Almadén (El Medén, la mina) ni el albañil, alarife; ni los caños, Aludeles; ni los hornos viejos, Jabecas; ni el mercurio, Azogue.

Alfonso VII se apoderó en 1151 de Almadén y lo entregó a los Templarios. Alfonso VIII, en 1168, lo entregó al maestre de Calatrava y al conde de Lara. En 1348 se estatuyó que todas las cosas mineras fueran del rey. En el año 1492 se constituía Almadén en villa. En todo este tiempo las minas fueron explotadas por arrendamiento que la orden de Calatrava hizo a particulares, entre los que abundaban los extranjeros, hasta el año 1407. En 1512 el Tesoro Público comienza a incautarse de las rentas de Almadén.

El emperador Carlos I, que había recibido un anticipo (ahora decimos una comisión) de 200.000 ducados de los hermanos Jaime y Marcos Fuggar, cedió a éstos para que se resarciesen de este dinero, en usufructo, varias rentas de la Hacienda y entre ellas la mina de Almadén, la cual explotaron desde 1525 a 1545; a partir de cuya fecha se continúa contratando la mina a los hermanos Fuggar, que, substituidos por sus herederos, siguen en posesión de esos contratos, prorrogando de diez en diez años hasta 1645. Bien se cobró la dinastía de los Fuggar en ciento veinte años de usufructo del manantial de riqueza que significan las minas de Almadén, aquellos 200.000 ducados que recibió Carlos I hacia más de un siglo.

Terminado en 1645 el contrato con los Fuggars comienza a explotarse la mina por la Real Hacienda y da principio a la odisea de don Juan Bustamante, que propone la construcción de sus hornos a estilo de los empleados en el Perú con algunas modificaciones, y después de ser muy discutido, consigue al fin que se le haga justicia y se le autorice para su construcción. Sistema de hornos que se construyeron en nuevas destilerías y que se conservan, en parte, hasta la actualidad.

La producción de la mina ha sido variada, según las épocas y circunstancias, fluctuando entre dos mil quintales

al año y mayor cantidad. Ya en 1646, la producción era de dos mil quinientos veintisiete quintales y así se conserva hasta 1700, en cuya fecha comienza a aumentar, saltando a 7.000 quintales, continuando hasta 1776, en cuyo año la producción aumenta hasta 18.000 quintales anuales; pero observándose que las labores estaban muy abandonadas de fortificación por los prácticos alemanes que dirigían la mina, según consta en las Memorias de Bethancourt y de Hoppensack (1791), se encargan de la mina el eminente naturalista español don Juan Antonio Cabanillas y don Diego Casasola, los cuales consiguieron ponerlas en condiciones normales sin descuidar la producción.

Desde esta fecha hasta 1836 pasan las labores de las minas de Almadén por una infinidad de fases, tanto técnicas como administrativas y en este año la guerra carlista viene a turbar la tranquilidad de la región, siendo atacado el pueblo por los facciosos que tomaron la plaza, haciéndola víctima de los saqueos y haciendo sufrir a los vecinos y mineros todas las vejaciones. Nuevamente fué atacado y tomado el pueblo en 1838 por los carlistas, y esto dió lugar a la formación de una milicia en Almadén para defensa de la villa y de las minas.

Otro plazo de variada suerte se abre en 1922, en que empezó a utilizarse la fuerza eléctrica en la extracción y en la excavación mediante los martillos Footman y que también se construyeron baterías nuevas de hornos, del tipo Spirek llamados de Almadén.

Sería prolijo reseñar el mejor año de las producciones que se han obtenido en las minas de Almadén desde 1499 hasta la fecha. Como resumen podemos indicar una cifra, que es la extracción total, desde esa fecha conocida, que asciende a 5.524.899 de frascos, que representan unos dos millones 874.163 toneladas de mineral y demuestran palpablemente la riqueza del primer criadero del mundo que hasta hoy no ha sido igualado por ningún otro.

El plano de estas minas se asemeja mucho al plano de un pueblo, por la situación de sus manzanas y el desarrollo

de sus calles que son galerías, y el corte, en cambio, parece el de un gran edificio americano llamado rascacielos, con sus doce pisos, el más profundo de los cuales es el habilitado para la ventilación y desagüe que se halla a 337 metros de superficie, o sea que la separación entre ellos es de unos 28 metros, estando en comunicación por varios pozos destinados a la extracción del mineral y a la ventilación de las labores.

La fortificación se efectúa con manpostería en forma de arcos, y más modernamente con arcos contruados de hormigón, lo que da una mayor rapidez al trabajo y hace más económica la fortificación definitiva.

Dejando aparte estas descripciones interesantes en esta clase de trabajos, como es el desagüe, la ventilación, la central eléctrica, los talleres, la metalurgia del mercurio, la forma de envasarlo y transportarlo sólo diremos que se atendían con sumo esmero los servicios médicos e higiénicos. A tal efecto había instalada una clínica de urgencia que, además de contar con todos los medios para las curas de momento y aun para hospitalizar a los heridos muy graves, tenía montado un servicio dental para la limpieza periódica de la boca de los obreros, como medida profiláctica contra la intoxicación mercurial.

Es conveniente el cuidado más exquisito y la tectónica más depurada en la explotación que merece este criadero de mercurio, único en el mundo, en el que, si bien el hombre lucha con el enemigo formidable de la roca cristalina con que la avaricia de la naturaleza defiende sus tesoros, tiene España, en cambio, en su mano la producción fundamental en todo el mundo de ese metal líquido que al temblar en el fondo de los frascos, al ser manejados por el hombre, parece estremecerse de alegría por haber premiado a éste por su trabajo y su constancia. He aquí por qué Almadén es la joya de suprema codicia.

Alberto CARSI

El autor de la música de «LA INTERNACIONAL»

Pedro Degeyter, autor de la música de «La Internacional» murió en Saint-Denis en 1932, a los 84 años de edad. Había nacido en Gante el 8 de octubre de 1848. Hijo de familia humilde, empezó a trabajar en una fábrica a los siete años. A los quince aprendió dibujo en clases nocturnas de la Academia de Lille. Siguió durante cuatro años los cursos de música del conservatorio de Lille y cantó en los coros del teatro. Llegó a dominar varios instrumentos y practicaba también la composición. Se adhirió con el tiempo al movimiento socialista de los partidarios de Guesde.

En 1888, el futuro diputado socialista y alcalde de Lille, G. Delory, mostro a Degeyter un ejemplar de los cantos revolucionarios de Eugenio Pottier, y indicándole la letra de «La Internacional», que

figuraba en el folleto, le invito a ponerle música al objeto de cantar el himno a coro. A los pocos días «La Lira de los Trabajadores» acogía con júbilo las primicias de la música, y el himno fué interpretado por primera vez en la Cámara Sindical de los Vendedores de Diarios.

La bajeza humana, que ronda continuamente alrededor de la genialidad, llegó a atribuir la obra a un hermano de Degeyter. La insidia dió motivo a un doloroso proceso que zanjó a favor del autor una carta de su hermano en la que testimoniaba (27 de abril de 1915) que: «Yo no he escrito nunca música y menos todavía «La Internacional». Los tribunales proclamaron el 23 de noviembre de 1922 que Pedro Degeyter es autor de la música de «La Internacional».

EL ANTICOMUNISMO, EL ANTIIMPERIALISMO Y LA PAZ

I

LOS HERMANOS ENEMIGOS



En un polo a otro y a lo largo de todos los paralelos, la plurimilenaria lucha entre los hombres ha unificado su lenguaje y sus mitos de guerra, así como está uniformando sus armas y reduciendo el número de los Estados Mayores. Es un proceso de simplificación que se anticipa a ese otro, apenas iniciado, de la unificación mundial, que los internacionalistas han soñado libre y fraterna; que Mussolini, Hitler y Stalin, en sucesión cronológica, han querido centralizada y autocrática, que los hombres de ciencia como Einstein recomiendan como remedio desesperado contra el peligro de la muerte atómica. Si las fronteras se erigen, más numerosas que nunca, erizadas de armas y de aduanas, obstáculos artificiales opuestos al paso de los hombres y de las ideas que se buscan, así como de los alimentos que los hambrientos esperan; las luchas—luchas en el interior de cada frontera, luchas entre un país y otro, sobre la línea de algunas de esas fronteras—, tienen todas o parecen tener los mismos motivos ideales, porque se agitan en ellas las mismas banderas y se lanzan las mismas consignas. Sobre una de estas banderas está escrito *socialismo, antiimperialismo*, sobre la otra *democracia, anticomunismo*. Y cuando flamean en países pequeños y débiles, ambas banderas llevan escrito más abajo y en caracteres más pequeños: «soberanía nacional». La primera de esas banderas es considerada de «izquierda», la segunda de «derecha». Cuando la gente ve la primera, cree ver una bandera rusa, cuando ve la segunda, piensa en seguida en los Estados Unidos y en Inglaterra. Sobre ese plano es fácil dejarse llevar y dejarse clasificar. Todo se divide sobre esa base: los países deben elegir entre los «dos bloques», el movimiento obrero, entre la «derecha» y la «izquierda», los partidos socialistas, entre el «plan Marshall» y las «consignas antiimperialistas». Las tentativas de «tercera posición», en un mundo en el cual los sindicatos están más o menos vinculados al Estado, y lo partidos han tenido, tienen o aspiran a tener miembros en el poder, se consagran conscientemente al fracaso.

La única posibilidad de «tercera posición» se encuentra fuera de los partidos autoritarios, por encima de las fronteras, fuera y contra los cuadros del capitalismo privado y de la burocracia del Estado empresario; se halla entre los hombres y las mujeres, considerados en su común humanidad, como seres que piensan, aman, trabajan y consumen pero sólo en la medida en que logren ser ellos mismos, rehusando la falsa simplicidad de las clasificaciones que los «directores» privilegiados de la política mundial imponen en tácito acuerdo, en defensa de sus intereses, los que se oponen ciertamente entre sí es una lucha feroz por el predominio, pero coinciden en un común instinto de conservación, que terminará quizás por identificarlos.

El fenómeno nuevo del siglo veinte es precisamente esa universalización de las fuerzas en juego, de las cuales todos somos presa y en cuyo conflicto todos son actores y nadie es espectador, ya que alcanza al hombre hasta en los hielos del polo y en los desiertos ecuatoriales. Si queremos hallar

un punto de apoyo para la acción libre, un ambiente en el cual un día sea posible vivir humanamente en paz, no debemos buscarlo con criterio geográfico, especial, sino en las regiones más puras, más desinteresadas, más simples, del espíritu humano, en todo este ya pequeño mundo. Debemos crearlo en nosotros, buscarlo en los demás, llevados hacia la misma acción creativa por este mismo deseo nuestro, humano, de vida.

Es necesario llevar a la humanidad a otro plano mental y a otro terreno de lucha; el plano mental de la libre solidaridad, el terreno de lucha entre todos los opresores y explotadores de un lado—y los hay de «derecha» y de «izquierda», «imperialistas» y «comunistas»—y todos los oprimidos y explotados del otro lado. Para eso debemos liberarnos y liberar a los demás de las frases hechas y de los «slogans» que amenazan arrastrar a seres humanos que tienen las mismas aspiraciones y deseos a campos opuestos, para servir intereses que no son ya—o no lo son tanto—nacionales, sino de ciertas castas o grupos cubiertos bajo un velo ideológico.

Los hombres aspiran en su mayoría a la igualdad en el terreno económico (es decir al socialismo), y a la libertad en el terreno político. Se les ha hecho creer que era necesario renunciar, por lo menos provisionalmente, a uno de esos fines, para alcanzar el otro. Su posición depende por lo general de las fuentes de información que posean, si son desheredados; de tales fuentes y de sus intereses dominantes, si son privilegiados. Así, habrá fuertes corrientes «comunistas» (es decir, prorusas) en Europa occidental, entre las masas obreras que quieren el socialismo y que ven en el capitalismo explotador—y en sus cómplices y defensores «socialistas», en el gobierno—su principal e inmediato enemigo. Habrá fuertes corrientes anticomunistas (es decir antirusas) entre los trabajadores de Berlín que quieren el socialismo y sienten el peligro más amenazador—por razones de vecindad espacial—en los agentes del gobierno ruso y en el totalitarismo que ellos representan. El mismo deseo de lucha contra la explotación y la opresión en Italia, llevará a la cárcel a un huelguista que se cree comunista (o que es socialista nenniano para estar en la izquierda) y a un campo de concentración o a la muerte, en Rusia o en Bulgaria, a un opositor, acusado de estar al servicio del «imperialismo occidental».

Si tuviera que venir realmente la guerra que detrás de esas consignas se está preparando, los dos compañeros, los dos hermanos, que en el siglo pasado probablemente hubieran estado juntos en el seno de la Internacional de los Trabajadores, combatirán el uno contra el otro, con toda la fuerza de su entusiasmo y de su desesperación. No es la primera vez en la historia que cuanto hay de puro en el hombre, se precipita al abismo, por ceguera fanática o por influencia de una propaganda interesadamente simplificada; pero es la primera vez en que el teatro de la lucha es la tierra toda y que lo puesto en juego es la propia vida de la humanidad.

II

DERECHA E IZQUIERDA

Estas dos palabras tuvieron su apogeo y su razón de ser cuando, conquistado cierto nivel de libertad política, el interés de los hombres se polarizó en torno de las reivindicacio-

nes de igualdad económica. La trayectoria del progreso era o parecía ser clara y definida: absolutismo—liberalismo burgués—democracia socialista. Los fanáticos del orden echaban de menos la Santa Alianza y constituían la *derecha*; los que soñaban con una evolución pacífica, gradual y limitada, dentro del ámbito de las instituciones de la época, pertenecían al *centro*; los que querían hacer más radical la libertad, considerándola unos en su aspecto puramente político, y extendiéndola otros al campo social, formaban la *izquierda*. Basta hojear las publicaciones de cuarenta años atrás, para comprobar la esquemática simplicidad de tales clasificaciones. Para la izquierda, los de la derecha eran hombres de las cavernas y pelucones apergaminados; para estos últimos, las izquierdas representaban el populacho, la turba. Como todas las palabras que indican posiciones relativas, su contenido real podía cambiar, sin que dejaran de ser perfectamente claras. Con la muerte de los más viejos y la desaparición correlativa de las concepciones retrógradas vinculadas a realidades remotas y superadas, con el surgimiento de nuevos y más audaces ideales revolucionarios entre los espíritus jóvenes, el viejo centro pasaba a la derecha y la vieja izquierda ocupaba el centro, mientras surgía una izquierda nueva. Todo eso, lento y automáticamente, de acuerdo—se decía—con las leyes de la humanidad en marcha (en aquel tiempo todos creían que la historia de la humanidad era una marcha y que esa marcha estaba gobernada por leyes).

Y, según el mismo criterio, cada una de esas secciones de la vida política tenía sus subclasificaciones: una derecha, un centro, una izquierda; cada partido tenía su «ala» moderada y su «ala» avanzada. Hermosos tiempos: tiempos de honestidad en los cuales, cuando un reaccionario pedía la horca para los «agitadores», no tenía la necesidad de exaltar la democracia, ni la de maldecir la democracia con pretexto de anticapitalismo; en los cuales un revolucionario se rebelaba «contra los patronos y contra el gobierno» sin más distinciones.

La guerra de 1914-1918 hizo que se derrumbara la piedra que ocultaba el abismo en el que todos los problemas se ramifican en profundidad. Surgieron realidades inéditas (revolución rusa, fascismo, neocapitalismo); otras realidades están en gestación y tomarán formas en un futuro próximo. Las palabras-símbolos de ayer no sirven más que para cubrir con una cortina de humo el camino hacia el porvenir, favoreciendo el designio de quienes quieren convertir al hombre en esclavo, en tanto que le hablan de libertad.

El malentendido comenzó en el período anterior a la primera guerra mundial (veinticinco años atrás se la llamó «la última guerra»; hoy es «la primera guerra mundial»; pero era un malentendido inconsciente. Los reaccionarios declarados eran todos conservadores o, si deseaban un cambio, eran partidarios del «ancien régime», de la monarquía absoluta y de los privilegios aristocráticos. Estos eran los más inofensivos (tan inofensivos que no queda ni uno de ellos para ponerlo en un museo). Los opositores al orden existente, todos los no conformistas, se colocaban a la izquierda. El individualista aspirante a superhombre y lleno de desprecio por el vulgo, no se distinguía de su opositor, el individualista celoso defensor de los derechos de todos los individuos, contra los privilegios de la colectividad y las atribuciones crecientes del Estado. Fué necesaria la sangrienta experiencia fascista para hacer reconocer a cada uno de ellos su propio campo: el de la aventura absolutista preparación del Estado totalitario, a los primeros (cuyo absolutismo literario y bohemio forma parte de la prehistoria del fascismo); el de la lucha antitotalitaria, a los otros.

De igual modo, todos los adversarios del liberalismo capitalista, materializado en la propiedad privada, se consideraban más o menos compañeros de lucha, separados por simples «matices». El fascismo, el nazismo y la revolución rusa, han transformado esa diferencia de matices en oposición neta entre capitalismo de Estado, a través del absolutismo total (que

desde ningún punto de vista representa un progreso respecto al viejo absolutismo precapitalista) y el socialismo libre.

¿Qué queda de los conceptos de *derecha* e *izquierda* a través de ese sangriento desarrollo de realidades vitales? Sólo una ficción varía, mantenida artificialmente en vida por intereses básicos comunes de grandes fuerzas materiales, en conflicto provisorio y contingente.

La característica fundamental de nuestra época, en el campo de las clasificaciones ideológicas, es la desaparición progresiva de los programas conservadores. La propia mentalidad conservadora está atravesando un eclipse transitorio, afectada por la continua gimnasia de las transformaciones parciales, aceptadas y aun deseadas, para evitar la transformación total.

La crisis, en el campo de la economía, de la técnica, de la cultura y de la moral, ha llegado a un punto en el cual la realidad existente no puede subsistir sin sufrir cambios, los que pueden parecer revolucionarios, aun cuando no tengan otro objeto que el de «modernizar» la explotación, el espíritu de autoridad, la jerarquía.

Y, naturalmente, toda modificación que no represente el retorno a un pasado reciente, toma el aspecto de un progreso a los ojos de quienes la desean. El absolutismo de Luis XIV no representa hoy un ideal para nadie; sería una regresión evidente. Pero la transformación de la propiedad privada en propiedad estatal y de las decadentes contradicciones capitalistas en una economía militarizada y policiaca, que daría a una oligarquía burocrática el dominio moral y material de toda la sociedad, es, a los ojos de mucha gente, de demasiada gente, la consecuencia natural del progreso técnico: es el porvenir. Que el absolutismo faraónico e incaico, que el sistema conventual y la organización de las misiones jesuíticas hayan tenido precisamente tal carácter, es algo demasiado olvidado para que llegue a hacer pensar a los partidarios de la estatización, a los adoradores del «comunismo» ruso, o a los fanáticos de la planificación centralizada y obligatoria que estos programas puedan no representar un progreso, sino simplemente un medio para encadenar la técnica e impedir que ella cumpla su natural función liberadora.

Planteadas así las cosas, la ecuación izquierda igual transformación en el sentido del progreso, pierde toda significación discriminatoria.

Si tomamos como base el criterio de la libertad, deberemos llegar a la conclusión de que un liberal inglés, partidario del capitalismo privado, está mucho más a la izquierda que Stalin. Si tomamos, en cambio, como punto de referencia la lucha anticapitalista, diremos que ese liberal inglés se coloca a la derecha de Hitler.

Esto explica por qué tantos hombres de «izquierda» del primer cuarto de siglo se hayan encontrado cómodos más tarde en el campo totalitario fascista.

La segunda guerra mundial, que se inició con la revolución española (en la cual, quien tenga ojos para ver ha podido aprender muchas cosas) ha madurado el proceso de simplificación. Los últimos veinte años han demostrado lo que anteriormente sólo entreveía una minoría insignificante: que el capitalismo de Estado, fatalmente totalitario, está mucho más lejos del verdadero socialismo que el antiguo capitalismo privado; que la autoridad política es inseparable del privilegio económico y que lo vuelve a crear cuando ese privilegio ha sido provisoriamente destruido; que ese privilegio no puede subsistir ya en el seno del capitalismo privado (por la crisis interna del sistema que lo lleva inexorablemente hacia la disolución, como lo vio Marx, aunque con equivocado optimismo) y se prepara a identificarse con el predominio político en el seno de la casta de los funcionarios estatales, lo cual destruiría incluso esa relativa libertad política que—a pesar de que para los hambrientos signifique una cruel iro-

nía—ha sido hasta ahora la condición mínima indispensable de toda lucha y progreso.

Si quisiéramos continuar empleando la vieja terminología, diríamos que aquellos que añoran a Hitler o los que adoran conscientemente a Stalin (nombres tomados como símbolos de dos realidades que los sobrepasan con mucho), constituyen hoy la extrema derecha; su programa es la máxima opresión política, la máxima explotación económica, monopolizada la una como la otra por el Estado y su casta burocrática.

Las llamadas democracias occidentales podrían constituir el centro, basado sobre el deseo de la imposible y relativa conservación de las condiciones actuales, con empujadas y resbaladizas pendientes hacia la derecha; por un lado, las relaciones con el neofascismo retrógrado del gobierno griego, de Franco, de Perón y de sus imitadores latinoamericanos, y por el otro el aumento de las atribuciones del Estado en sentido tecnocrático o más o menos pseudo socialista.

Y podrían constituir la izquierda, en fin, las fuerzas que en 1936 transformaron en revolución la resistencia contra el golpe de Estado militar en España; las que lucharon siempre por el socialismo antiestatal, contra los totalitarismos negros y rojos; lo que procuraron dar contenido antifascista a la guerra y tendieron a dar carácter antifascista y revolucionario a la paz. Pero para llegar a esta exactitud en el vocabulario, habría que plantear en términos claros el problema del socialismo y el del Estado. Y esto generalmente no se hace. Así, la masa del laborismo inglés (para citar el ejemplo más conocido y actual) corre grave riesgo de precipitarse hacia la «derecha», cuando cree con toda buena fe avanzar a paso de carga hacia la «izquierda».

Todas esas comillas que me veo obligada a poner para no hacerme cómplice del equívoco que reina soberano en la propaganda de todos los partidos y de todos los gobiernos, indican ya de por sí la complicación artificial de nuestro problema de hoy, problema que sería sin embargo muy claro, si se quisiera contemplar con ojos que no estuvieran nublados por ideas hechas, tradiciones atávicas y consignas de partido. Poned de un lado a todos los que dominan o quieren dominar (con la opresión política, con la explotación económica o con ambas); poned del otro lado a los pueblos que quieren ser libres y comer en paz el pan que ellos mismos han producido. Todo llega entonces a ser claro y simple; incluso el problema de Trieste, incluso el de Palestina. Esos son los dos bloques; entre esos bloques se combate la verdadera y eterna guerra; una guerra en la cual es difícil emplear bombas atómicas. La otra guerra que se prepara y que significará quizás la muerte de toda civilización, es un medio desesperado para evitar la crisis de este conflicto permanente, a la que ningún gobierno quiere llegar y que tiene un nombre que todo gobierno teme: revolución. Precisamente por eso, la lucha revolucionaria de los pueblos representa hoy la única esperanza de salvación para el hombre, frente a las fuerzas ciegas de destrucción que la ciencia ha puesto al servicio de los dueños del mundo.

III

IMPERIALISMO Y ANTIIMPERIALISMO

En Europa

Hay en la palabra *imperialismo* un malentendido permanente, puesto que la misma puede interpretarse de diversas maneras. Es imperialista un país que tiende a constituir un imperio; es decir, dominar sobre otros países. Ejemplos típicos: la Macedonia de Alejandro, Roma después de las guerras púnicas, la Francia napoleónica... Luego está el imperialismo colonial, que tiene características bastante diversas. Ejemplo típico: el imperio inglés. Existe, en fin, el imperialismo eco-

nómico, cuyo centro de irradiación no es necesariamente un imperio declarado como tal. Ejemplo típico: Estados Unidos. A los marxistas—desde hace tiempo—, por razones doctrinarias; al gobierno ruso—ahora—, por motivos estratégicos contingentes y de rivalidad en el campo cerrado del predominio mundial, interesa sobre todo este último. Pero es evidente que cuando se trata de estos problemas las tres acepciones de la palabra interfieren a menudo. Por ejemplo, cuando una persona dice (y son muchas afortunadamente, las que lo dicen): «yo estoy tanto contra el imperialismo norteamericano como contra el imperialismo ruso», pone sobre el mismo plano un fenómeno del tercer tipo y uno del primero. Resulta así difícil entenderse, discutir, saber sobre qué se discute.

La palabra comenzó a estar en boga en Europa con la aparición del librito de Lenin «El imperialismo como última etapa del capitalismo». Su empleo se generalizó posteriormente sobrepasando los cuadros de los partidos marxistas, en todos los estudios y las discusiones que se referían, de cerca o de lejos, a las dos guerras mundiales. Más tarde, como ocurre con otras palabras, perdió precisión y aun fué despojada de todo significado por haber sido convertida en «slogan» de la propaganda de un partido internacional cuyos intereses se identifican con los de un gobierno nacional. Hoy, el partido comunista trata de formar un frente mundial «anti-imperialista» y, para poder incluir en el mismo la mayor cantidad de fuerzas, debe dar la máxima elasticidad y el mínimo de contenido a la palabra, ya que se trata de aglutinar intereses, castas, gobiernos, grandes organizaciones sindicales, etc. y no a individuos pensantes. (El fenómeno no es nuevo; sería interesante estudiar la influencia que los intereses de la Santa Alianza han ejercido sobre la historia de ciertas palabras como *jacobinismo*, *liberalismo*, y los de la Iglesia católica sobre otras palabras. Después veremos cuán edificante, desde ese punto de vista, es la evolución semántica que sufrió la palabra *comunismo*, a la que los comunistas y anti-comunistas contribuyeron en igual medida).

Antes de 1934, pues, la palabra *imperialismo* era corriente entre los marxistas—en el significado prevalentemente económico que había difundido Lenin—y fué aplicada en forma amplia en los congresos contra la guerra, especialmente para designar la política inglesa y francesa en Oriente y la de los Estados Unidos en la América del Sur. La política de los frentes populares puso sordina a la propaganda contra las potencias coloniales y la consigna antiimperialista fué reemplazada por otras—generalmente antifascistas—hasta la firma del pacto ruso-germano. Entonces aquella palabra volvió a estar de moda y la guerra contra Alemania, para la cual se habían preparado los espíritus desde tiempo atrás, empleando el «slogan» de la unidad contra Hitler, comenzó a ser presentada como una guerra interimperialista, contra la que los trabajadores debían oponer su frente de clase. El ataque a Rusia por parte de Alemania hizo desaparecer nuevamente el antiimperialismo de la propaganda de los partidos de «izquierda», para dar lugar al retorno de la terminología unitaria y nacionalista de la época de los frentes populares. Al finalizar la guerra contra Alemania, Italia y Japón y al comenzar la «guerra fría» entre Rusia y Occidente, cuyo centro está ahora en los Estados Unidos, los partidos comunistas desempolvaron—logrando darles popularidad—las consignas anteriores a 1934, y, en primer lugar, la de la lucha antiimperialista. El imperialismo es ahora principalmente el de los yanquis, y sus instrumentos básicos son el plan Marshall, el Pacto del Atlántico, etc.

En América

Para América, si bien los factores en juego son los mismos, la historia es un poco más complicada. En efecto, durante el período transcurrido entre las dos guerras mundiales, se ha-

bló bastante más del imperialismo en América latina que en Europa, donde la palabra estuvo por mucho tiempo confinada en el lenguaje académico de los epígonos del marxismo, antes de hacer presa en las masas. América del Sur y del Centro, a pesar de que las guerras de independencia ya están lejanas, han conservado un complejo psicológico (esta vez de claras raíces económicas) que se podría calificar de «colonial». El problema del imperialismo se ha sentido aquí, pues, mucho más intensamente. Y si la palabra ha logrado ahora fortuna en Europa, ello se debe probablemente, no sólo al hecho de que se ha convertido en una cómoda y equívoca palabra de orden del stalinismo, sino también a la extensión del «complejo colonial» a gran parte de la misma Europa, después de la última guerra.

Mientras en Europa el conflicto latente entre los dos «bloques» tiene algo de siniestro y de deprimente, en América, por lo menos en América del Sur, se habla aún de ese conflicto con ligereza periodística y académica, como se habla de la guerra en el café y en los libros de historia... Hay adjetivos gruesos, hay también exactitud en los hechos; faltan el temor y la angustia, ese temor y esa angustia que, siendo ahora europeos y asiáticos, quizá lleguen pronto a ser mundiales.

El Uruguay es, o me parece ser, una buena ventana sobre el mundo, porque en él entra libremente el viento de los cuatro puntos cardinales. Pero es curioso notar que sólo quien ha conocido otros climas, siente verdaderamente que se trata de vientos de tempestad. Por el Norte apremia el «imperialismo norteamericano»; por el Este la «amenaza comunista»; por el Sud y el Oeste, Perón. Este último, en una posición bastante parecida a la de Franco en Europa, pretende representar ante todo el argentinismo y luego, en una esfera más amplia, la independencia de América española y los valores del espíritu latino, frente al imperialismo de Inglaterra y de los Estados Unidos. En el interior (como ocurrió con Mussolini en Italia) se apoya sobre una parte de la clase privilegiada y sobre la Iglesia, y se presenta como defensor de la civilización contra el comunismo. Pero los comunistas no saben todavía si están en favor o en contra de Perón, ya que su actitud depende de la situación internacional, que no es estable, precisamente. Mas, a diferencia de lo que sucedía con el gobierno fascista en Italia, el gobierno de Perón obtuvo evidentemente un amplio éxito en su tentativa de dominar las masas con la demagogia. No hay que maravillarse por eso. Si en Inglaterra se pueden rotular las nacionalizaciones de realizaciones socialistas, es natural que el estatismo de Perón parezca a muchos trabajadores (con la ayuda de la burocracia sindical) un ataque contra el privilegio capitalista. El gobierno argentino ha logrado, en efecto, más de una victoria electoral. Y han sido triunfos legales y limpios, que han impedido que la supresión de la prensa de izquierda y la reacción contra los sindicatos independientes provocaran el escándalo que se habría podido esperar, en los demás países. He aquí, después de la reacción «anticomunista», inspirada en todas partes, poco más a menos, por la política norteamericana; después del totalitarismo que desde Rusia se proyecta sobre Europa, la otra cara del fascismo: la tercera fuerza, que se jacta de representar Perón en América (y también esta expresión mentirosa, empleada por Perón antes que por Blum y por los socialistas italianos, contribuye al éxito de su demagogia). En realidad, esa pretendida tercera fuerza es una fuerza que espera y que estudia las conveniencias; lo que quiere decir que la diferencia *real* entre los dos bloques no es tanta como para forzar la elección, como lo creen los ingenuos de la «derecha» y los ingenuos de la «izquierda». Desgraciadamente son pocas las personas que tienen el hábito de pensar en términos internacionales. Aun para aquellos que no son nacionalistas, las exigencias y la realidad de una situación local pueden hacer perder de vista la realidad general y permanente. Tal sucede con ese problema del imperialismo en América. Aparte del temor que en todo el mundo y también aquí sienten los prole-

tarios miopes por lo que les hace mirar con esperanza hacia los Estados Unidos; aparte del deseo del comunismo que sienten los desheredados miopes, deseo que les hace mirar hacia Rusia, hay una cantidad de pequeños deseos, temores e intereses, que tienen una importancia mayor de lo que se cree. La ayuda que los Estados Unidos han prestado durante la guerra y que continúan prestando a la industrialización de América latina, la política de buena vecindad, la ayuda a las instituciones culturales, las becas, la prensa subvencionada, etc., junto con cierto orgullo continental americano frente a Europa y, en este momento, el deseo de oponerse a las dictaduras locales nazificantes del tipo de la de Perón en la Argentina, llevan agua al molino norteamericano. Por otra parte, la influencia que los Estados Unidos indudablemente tratan de ejercer en la política interna de las naciones hispanoamericanas, influencia que es en la actualidad bastante reaccionaria, bajo pretexto de anticomunismo, despierta un celoso sentimiento de independencia en amplios sectores de la opinión pública de cada una de esas naciones y lleva agua al molino de Perón o al molino ruso (según las preferencias personales o de clase) traduciéndose en la consigna del antiimperialismo.

Antes de ver en qué consiste, examinemos la historia de esta consigna en América. Cuando no se había producido la inundación del nazismo, cuando el fascismo no parecía todavía un peligro mundial y contaba de todos modos—como era sabido—con el apoyo bancario de Wall Street, las masas obreras de Sud América eran violentamente antiimperialistas. Se hablaba mucho, en las reuniones públicas, de los crímenes del capital extranjero, sobre todo del capital inglés y muy particularmente del norteamericano. La muerte de Sacco y Vanzetti en la silla eléctrica dió lugar a oceánicas manifestaciones de protesta y a la rotura de vidrios en las embajadas. Y no se puede decir que aquel rencor y aquel amargo recuerdo no hayan contribuido inconscientemente a aumentar los aplausos tributados a algún discurso antiyanqui de Perón. Las cuestiones de Nicaragua, de Puerto Rico, más tarde la del petróleo mejicano, los entretelones angloamericanos de la guerra del Chaco, el apoyo dado por las grandes compañías extranjeras (tranvías, ferrocarriles, electricidad, agua corriente, fruta, estaño, etc., etc.) a sangrientas dictaduras locales de tipo fascista hicieron identificar, con cierta razón, las luchas de las masas por el pan y la libertad, con las luchas contra el capital extranjero existiendo empero la desventaja de hacer olvidar los peligros del odioso capitalismo autóctono. Se destacaba la amenaza de la guerra imperialista por la conquista de los mercados y de las materias primas y se hablaba contra la doctrina de Monroe. Había en esta sobreestimación del factor económico una innegable influencia marxista, contra la cual se trató de reaccionar en nuestro campo, más bien por obra de refugiados europeos que por el movimiento local, poniendo en claro el peligro representado por el fascismo, de naturaleza esencialmente política, a pesar de sus estrechas relaciones con la evolución de la economía.

Vino luego la amenaza fascista, la guerra de España, la guerra mundial. Frente a la perspectiva de la extensión de los tentáculos de Hitler por el mundo y a través de Franco, prolongado por los núcleos reaccionarios de las diversas naciones, también sobre América latina, las corrientes avanzadas del progreso comenzaron a considerar a los Estados Unidos y a Inglaterra (cuyas pequeñas luchas recíprocas jamás cesaron del todo en el continente sudamericano), como a fuerzas protectoras. Los cambios que se produjeron en la política exterior norteamericana han ayudado naturalmente a esta evolución. El gobierno de Roosevelt durante la guerra ha sido más popular en América del Sur que el de Churchill.

Los comunistas (excepto en el período correspondiente al pacto ruso-alemán, durante el cual habían vuelto al len-

**

guaje de la lucha «contra el imperialismo y contra la guerra imperialista») contribuyeron a la formación de ese estado de ánimo, predicando la unión sagrada contra el nazifascismo y tratando de fascistas a todos los que no creyeran ciegamente en el evangelio de las Naciones Unidas. La bandera del anti-imperialismo era agitada, en cambio, por aquéllos que tenían simpatías, más o menos hipócritamente enmascaradas, hacia el nazismo y sus sistemas. Íntimamente, ellos identificaban a Roosevelt con el comunismo y aun con el judaísmo internacional. Actualmente son antiimperialistas, los partidos del bloque oriental—comunistas o filocomunistas—los peronistas y algunos espíritus independientes, sinceros y generosos (aun cuando inconscientemente nacionalistas), quienes no advierten que están fundamentado todo un sistema mental sobre una palabra equivoca.

Hace más de dos años un semanario uruguayo, publicó un manifiesto, firmado por algunos intelectuales y presentado a modo de llamamiento para la formación de un vasto movimiento. «*Contra la penetración imperialista de los Estados Unidos*». La iniciativa, que yo sepa, no encontró mucho eco, pero el documento es sintomático e interesante como formulación de un punto de vista difundido. El objeto del movimiento sería el de lograr:

«la unificación económica, espiritual y política de la América hispana. Pero esto no con el sentido internacionalista y atómico, sino nacionalista y orgánico, es decir patriótico... Ahora bien... la nación norteamericana actúa en lucha contra otra gran potencia mundial, Rusia, y por cuanto los países de Hispano-América son de hecho su retaguardia, su espacio vital y sus reservas, es natural que EE.UU. quiera ocuparnos—o absorbernos—antes que su real o presunta enemiga pueda utilizarnos.

Y más adelante agrega: «Es indispensable que lleguemos a ser una fuerza que no sólo tenga que ser respetada, sino que, además pueda ser temida... En cuanto a las formas de organización social que habrá de adoptar la gran nación o Federación Hispanoamericana, en el caso de llegar a constituirse, nada sería más doloroso o suicida que sentirse cohibido para la acción por el temor o la preferencia de una forma determinada... Para los países Hispano-americanos, amenazados de quedar sin su existencia histórica, lo primero y lo urgente es ser. Lo demás vendrá por añadidura».

El manifiesto afirma que «la acción, si ha de ser realista, debe concentrar su esfuerzo, en el aspecto defensivo, a contener la penetración imperialista de Norte América, no porque, como tal imperialismo, sea peor que otro cualquiera, sino porque, por su situación geográfica y su estrategia económica-política, Norte América es la única nación imperialista capaz de absorbernos definitivamente... No se ignora la existencia del Imperio Británico ni se soslaya la realidad de un imperio ruso. Pero si el Imperio Británico ha dejado de ser ya una amenaza para el destino de las naciones latinoamericanas, Rusia, a su vez, no lo ha sido nunca si lo es en la actualidad».

He citado, quizás demasiado extensamente, este documento, para demostrar que la propaganda antiimperialista en América del Sud, aun siendo esencialmente distinta, por su sentido nacionalista, de la que era corriente en la época del proceso de Sacco y Vanzetti y de la que se lleva a cabo en la actualidad contra el plan Marshall en Europa, descansa sin embargo, lo mismo que esta última, sobre una visión de la realidad que, si pudo ser más o menos exacta en la época de la guerra del 14, está resultando ahora cada vez más anacrónica.

Mientras son escritas estas líneas la serie de los «pronunciamientos» militares y fascitoides en distintas república de América latina adquiere un carácter cada vez más orgánico y alarmante. Los diarios «anticomunistas» que, después de la revuelta de Bogotá, de hace dos años, se habían acostumbrado a poner en primer plano el «peligro ruso», identificado

con el «peligro rojo» y a atribuir a los comunistas todo fermento de vida y de protesta que se manifestara en los cinco continentes (sirviendo de este modo magníficamente de coro involuntario a la propaganda, desacreditada en sí, de los stalinianos), se han mostrado este año evidentemente desorientados y reprochan a los Estados Unidos el haber vuelto, después de la conferencia de Bogotá, a una especie de aislamiento en el continente americano, en razón del cual habrían abandonado la defensa de la democracia, para concentrar a ayuda y el esfuerzo en Europa. Algunos—y de este parecer se mostró el propio presidente de la república de Chile—atribuyen esas revoluciones en cadena a un movimiento militar subterráneo que tendría por eje a Perón.

Por otra parte, los «antiimperialistas», visiblemente fastidiados, consideran esas acusaciones a Perón como un diversivo destinado a apartar las miradas y los odios de los sudamericanos, del «enemigo principal», los Estados Unidos, y se encuentran en una desesperada búsqueda de responsabilidad norteamericana en esas sublevaciones militares. Que las compañías petroleras extranjeras estuvieran de acuerdo con el golpe de Estado que envió al exilio al vigoroso escritor Rómulo Gallegos, quien apenas había comenzado a gobernar en Venezuela, con un programa democrático y socialista, está fuera de duda. Pero también está fuera de duda que la mayor parte de esos movimientos militares se declaran «antiimperialistas» y que gozan aquí del apoyo, allá de la neutralidad benévola, aun cuando fuera a título provisorio, de los elementos comunistas.

Todo esto demuestra que el capital extranjero está de acuerdo con el capital nacional y con todas las fuerzas regresivas (el ejército y la Iglesia, lo mismo en América que en Europa) contra las aspiraciones de los pueblos a ser libres y a no ser explotados. Pero demuestra también que ha pasado la época del «imperialismo» propiamente dicho, cuando las naciones de las cuales provenían los capitales extranjeros, representadas en este campo por sus propios gobiernos que eran la expresión de esos capitales, apoyaban los intereses de éstos últimos en los países semicoloniales.

Las propias elecciones norteamericanas, que confirmaron a Truman en el cargo máximo, si bien significan poca cosa en cuanto a los resultados, son un síntoma del hecho de que el gran capital privado (que anteaer era germanófilo y que ayer apoyaba a Dewey) ya no es dueño del gobierno en el mismo sentido que antes. La tensión interna no se produce ya entre las masas y el capital apoyado por el Estado, sino entre esas mismas masas y el Estado que, para dominarlas mejor, va fiscalizando y absorbiendo el capital. Mientras dure la transición—y en América puede durar mucho—no tendremos ya una línea de tensión, sino un triángulo: Pueblo, Capitalismo, Estado. La gravedad del aumento de las atribuciones estatales ha sido sentida por las organizaciones obreras norteamericanas que, a pesar de su burocratización reformista, la que tarde o temprano llegará posiblemente a convertirlas en engranajes gubernativos, prefieren en general tratar directamente con los patronos antes que admitir la intervención de la autoridad oficial. Y el gran capital, aun cuando continúe sirviéndose del Estado, trata, también él, de limitar las intromisiones de éste. La penuria mundial existente después de la guerra le ha permitido recuperar posiciones a costa del sistema rooseveltiano.

Esta misma multiplicidad de factores se encuentra en América latina. Y no es para nada absurdo ver capitales norteamericanos apoyando movimientos nacionalistas que enarbolan la bandera del antiimperialismo, como no era absurdo que el capital de diversas naciones europeas destinadas a la invasión, apoyase a Hitler; como no sería absurdo mañana que las clases económicamente privilegiadas, en un país en el que estallase una revolución socialista, apoyasen a Stalin (y los primeros ejemplos de esta última hipótesis los hemos visto en España).

MAKNO Y LENIN

UNA ENTREVISTA HISTORICA



En el verano de 1918, cuando Ucrania fue invadida por los ejércitos austriaco y alemán, Makno tuvo que marcharse a la Rusia central y aprovechó su estancia en Moscú para entrevistarse con algunas de las personalidades más destacadas y conversar sobre la lucha y la revolución que se desarrollaban. Entre ellas figura Lenin. La entrevista fué preparada por Sverdlov, uno de los miembros más prominentes del bolchevismo ruso del que Lenin siempre atendía los consejos, considerándole como su maestro. En la época de la entrevista, Sverdlov era el presidente del Comité Ejecutivo de los Soviets de Pan-Rusia, y concediendo mucha importancia a la personalidad de Makno, se ocupó personalmente de todo lo necesario para que este pudiera entrevistarse con Lenin. La conversación tuvo lugar en el Kremlin, fué presenciada por Sverdlov y duró cerca de dos horas.

He aquí como la describe el propio Makno:

«Lenin que se interesaba mucho sobre cuanto pasaba en Ucrania, ocupada por los ejércitos invasores, me preguntó varias veces sobre la actitud de los campesinos ucranianos y, sobre todo, quería saber como habían recibido los campesinos de Ucrania la consigna de «todo el poder a los soviets locales». Le expliqué que los campesinos in-

Y tampoco es absurdo encontrar que fuerzas aparentemente heterogéneas o clasificadas como enemigas—capitales ingleses o norteamericanos, capitales locales, nacionalistas y comunistas antiimperialistas, etc.—combatan hombro con hombro en América latina para arrojar a gobiernos democráticamente constituidos. En realidad, dentro el gran juego que se prepara, la democracia burguesa ya no le sirve a nadie, y la democracia plena, amplia, directa, que el perfeccionamiento material de nuestra civilización parecería permitir o favorecer, es precisamente esa cosa terrible a la que todos temen y que todos tratan de evitar: «imperialistas» y «comunistas», «antiimperialistas» y «anticomunistas». En realidad, esa ola de neofascismo es alentada por unos y otros mediante las estrategias más contradictorias.

La alianza de Wall Street con los cuadros del joven y cada vez más poderoso ejército norteamericano (contra la cual el pueblo norteamericano ha creído resistir votando a Truman) es paralela a la del capitalismo local y extranjero con los diversos ejércitos nacionales, en Sud América. La resistencia no puede ser «antiimperialista», es decir, nacionalista, ya que el ataque no es imperialista; esto es, no va en beneficio de una nación, sino de las castas privilegiadas de todas las naciones. La resistencia sólo es eficaz sobre base social e internacional.

Luce FABBRI

terpretaron esta consigna a su manera. Según ellos, «todo el poder a los soviets locales» quería decir que el poder, en todos sus aspectos, debía realizarse directamente, con el consentimiento y voluntad de los trabajadores; que los soviets de los diputados obreros y campesinos, locales y regionales, no eran otra cosa que las unidades coordinadoras de las fuerzas revolucionarias y de la vida económica, mientras durara la lucha que los trabajadores sostenían contra la burguesía y sus aliados, los socialistas de derecha y su gobierno de coalición.

«—¿Cree usted que esta interpretación es adecuada—me preguntó.

«—Sí—le contesté.

«En este caso, el campesinado de aquella región está infectado por el anarquismo.

«—¿Es esto malo?

«—No quiero decir eso, sino al contrario. Esto me causaría regocijo, pues adelantaría la victoria del comunismo sobre el capitalismo y su poder.

«—Esto es muy lisonjero para mí—insinué.

«—No, no. Vuelvo a afirmarle seriamente, que un fenómeno de esta naturaleza en la vida de los campesinos adelantaría la victoria del comunismo sobre el capitalismo; pero yo creo que este fenómeno entre el campesinado no es natural. Lo han introducido en sus filas los propagandistas anarquistas y puede ser pronto olvidado. Hasta estoy predispuesto a creer que este espíritu, no organizado, al verse bajo los golpes de la contrarrevolución triunfante, ha desaparecido ya.

«Advertí a Lenin que un gran jefe no podía ser pesimista ni escéptico, y después de conversar sobre varios temas me preguntó qué pensaba hacer en Moscú. A lo que le contesté que no tenía intención de quedarme en aquella capital sino de regresar a Ucrania.

«—Irá usted a Ucrania clandestinamente?—me preguntó.

«—Sí—le contesté.

«Lenin, dirigiéndose al señor Sverdlov, dijo:

«—Los anarquistas siempre están dispuestos a toda clase de sacrificios; son abnegados, pero también ciegos y fanáticos. Dejan escapar el presente por un futuro lejano.

«Volviéndose a mí rogó que no me diera por aludido en estas palabras.

«—A usted, compañero—añadió—, le considero como un hombre de realidades, que está preocupado por los problemas actuales. Si en Rusia tuviéramos por lo menos una tercera parte de esta clase de anarquistas, nosotros, los comunistas, estaríamos dispuestos a colaborar con ellos bajo ciertas condiciones, en pro de la libre organización de la producción.

«Advertí que empezaba a estimar a Lenin, al que hasta hacía poco había considerado como el culpable de la destrucción de todas las organizaciones anarquistas de Moscú, lo que fué la señal para destruir las de otras muchas capitales de Rusia. En mi interior empezaba a avergonzarme de mí mismo y buscaba rápidamente una contestación adecuada. Le dije lo siguiente:

«—Todos los anarco-comunistas aprecian mucho la revolución y sus conquistas. Esto nos demuestra que en este sentido todos somos iguales.

«—No me diga usted esto—repuso riéndose Lenin—. Nosotros conocemos a los anarquistas tanto como los conoce usted mismo. La mayoría de ellos, o no piensan nada sobre el presente, o piensan bien poco, a pesar de su gravedad. Y para un revolucionario es vergonzoso no tomar resoluciones positivas sobre el mismo. La mayoría de los anarquistas piensan y escriben sobre el porvenir, sin entender el presente. Esto es lo que nos separa a nosotros, los comunistas, de los anarquistas.

«Al pronunciar esta última frase, Lenin se levantó de la silla, y paseándose por el despacho, añadió:

«—Sí, sí; los anarquistas son fuertes en las ideas sobre el porvenir, pero en el presente no pisan terreno firme y son deplorables, ya que no tienen nada en común con este presente.

«A todo esto contesté a Lenin que yo era un campesino semianalfabeto y que sobre aquel enredado asunto de los anarquistas, tal como él me lo exponía no sabía discutir. Pero le dije:

«—Sus afirmaciones, compañero Lenin, de que los anarquistas no comprenden el presente y que no tienen ninguna relación con él, son equivocadas. Los anarco-comunistas de Ucrania o del sur de Rusia, como decís vosotros, los comunistas bolcheviques, han dado ya demasiadas pruebas que demuestran su compenetración con el presente. Toda la lucha revolucionaria del pueblo ucraniano contra la Rada Central de Ucrania se ha llevado bajo la dirección de las ideas anarco-comunistas y también, en parte, bajo la influencia de los socialistas revolucionarios, los cuales—hay que decir la verdad—al luchar contra la Rada Central, tenían finalidades muy distintas a las nuestras. En los pueblos de Ucrania no existen casi bolcheviques, y allí donde hay algunos, su influencia es nula. Casi todas las Comunas Agrícolas han sido creadas por iniciativa de los anarco-comunistas. La lucha armada del pueblo trabajador de Ucrania contra la

reacción y, muy especialmente, contra los ejércitos expedicionarios de alemanes austriacos y húngaros, fue iniciada y organizada bajo la ideología y dirección de los anarco-comunistas. La verdad es que vosotros, teniendo en cuenta los intereses de vuestro partido, encontrais inconvenientes para reconocerlo; pero todo esto son hechos innegables. Vosotros sabéis muy bien la calidad y capacidad combativa de todos los destacamentos revolucionarios de Ucrania. No en vano habéis subrayado el valor con que aquellos destacamentos han defendido nuestras conquistas revolucionarias. Pues bien; más de la mitad de ellos iban a la lucha bajo la bandera anarquista. Los jefes de destacamento Makrousov, Nikiforoba, Cheredniak, Garen, Cheredniak, Luñev y muchos otros cuya relación sería muy prolija, son anarquistas comunistas. No hablo de mí personalmente, como tampoco del grupo a que pertenezco, sino de aquellos destacamentos y batallones voluntarios para la defensa de la revolución, los cuales han sido creados por nosotros y no pueden ser desconocidos por vuestros altos mandos de la Guardia Roja. Todo esto demuestra lo equivocadas que son las manifestaciones de usted, compañero Lenin, de que nosotros, los anarquistas, somos incorregibles y débiles en el «presente», a pesar de que nos gusta mucho pensar en el porvenir. Lo dicho demuestra a todos, y también a usted, que nosotros, los anarco-comunistas, estamos compenetrados con el presente, trabajamos en él, y precisamente en la lucha buscamos el acercamiento al futuro, sobre el cual pensamos mucho y seriamente. Sobre ello no puede haber duda. Esto es, precisamente, todo lo contrario de la opinión que tienen ustedes de nosotros.

«En aquel momento miré al presidente del Comité Central Ejecutivo de los Soviets, Sverdlov, el cual estaba encarnado.

«Lenin, desplegando los brazos, me dijo:

«—Puede ser que yo esté equivocado.

««—Sí, sí—advertí—; en este caso tiene usted estas opiniones sobre los anarquistas porque está muy mal informado de la realidad en Ucrania, y porque tiene todavía peores informaciones sobre nuestro papel en la misma.

«—Puede ser. Yo no lo niego. Todo hombre puede equivocarse y muy especialmente en una situación como en la que nos encontramos en estos momentos—dijo Lenin, terminando la conversación sobre este tema.»

Proudhon... y los otros

—¿Qué quiere usted, pues, suprimir el gobierno? —se le preguntó a Proudhon—¿No quiere usted Constitución alguna? Quien conservará entonces el orden en la sociedad? ¿Que pondrá usted en lugar del Estado? ¿En el lugar de la policía? ¿En lugar de los grandes poderes políticos?

—¡Nada!—respondió—. La sociedad es el movimiento eterno. No necesita que se le dé cuerda y tampoco es necesario llevarle el compás. Una sociedad organizada no necesita ni leyes ni legisladores. Las leyes son en la sociedad como el tejido de araña en las colmenas: sólo sirven para atrapar a las abejas.»

¿TRADE-UNIONISMO O SINDICALISMO? ⁽¹⁾

1. ¿QUE PASA CON LAS UNIONES?



¿CUANTAS veces oímos preguntar, «¿Qué pasa con las uniones?»

En la fábrica, barco, mina, en la taberna y en los clubs, por parte de unionistas y no unionistas, la pregunta se formula.

Pocos serán los que estén dispuestos a resistir la crítica. Durante los pasados veinte años aproximadamente, las uniones han degenerado de una forma rápida como organizaciones de lucha de clases. Los jornales han bajado cuando deberían haber subido. Los derechos se han perdido sin intentar volverlos a recuperar cuando las circunstancias han mejorado. Los fondos para las huelgas no se usan como subsidio para huelguistas y los jefes de las uniones se alían con los patronos. A la degeneración de las Trade-Unions se agrega la más vergonzosa traición del nuevo tipo de encargados, los comunistas, quienes, muy complacientes, se lanzan a las oficinas de los directores de trabajo a ofrecer algún nuevo sacrificio de los trabajadores. «Los Comités de Producción» de las Trade-Unions tratan de sacar más trabajo de la piel de los trabajadores sin que por esto se les pague extra o actúan de tribunal y multan a los que vienen tarde.

Muchos explicarán el declive de las Trade-Unions atacando a los líderes. Nosotros no excusamos la traición y cobardía de obesos y cínicos líderes, pero es necesario hacer un estudio más objetivo del asunto.

No podemos explicar el declive del unionismo militante atacando a los líderes. Ha habido muchos ataques fructuosos sobre líderes del ala derecha y su reemplazo por izquierdas y comunistas. Poco después las izquierdas y comunistas han sido atacados por sus previos partidarios por ser más reaccionarios que sus predecesores. Debemos examinar las ideas y estructura del trade-unionismo. La jefatura no es más que el fruto natural del movimiento. «El hombre no recoge higos del majuelo o uvas del cardo». Sólo el sindicalismo da una crítica constructiva del trade-unionismo.

¿UNIONES DE INDUSTRIA O DE ESPECIALIDADES?

La mayoría de las primeras uniones de los obreros británicos, fueron uniones de profesiones o especialidades; éstas

organizaban a los trabajadores de acuerdo con las herramientas que usaban. Si un hombre usaba cierta herramienta para trabajar madera, se unía a una unión de carpintero, herramientas con poca diferencia a éstas, le harían ir a otra organización. El resultado desagradable es que hombres en una fábrica, bajo un mismo techo, y trabajando juntos para producir un mismo objeto, se encontraban «organizados» en una serie de uniones por el solo hecho de usar herramientas diferentes. (La industria mecánica tiene más de cincuenta uniones). Se han producido luchas constantes sobre la usurpación de miembros y demarcaciones. Incluso han tenido lugar huelgas intergremiales.

Este medio de organización ha podido tener una justificación durante la Edad Media, cuando un hombre especializado producía un objeto completo con sus propias herramientas y trabajo, pero esto está definitivamente pasado de moda en el siglo XX, cuando docenas de oficios, cada uno de ellos subdivididos, asistidos y guiados por técnicos, escribientes, almacenistas y otros, se combinan en la producción de los objetos más simples.

De igual forma son desafortunadas las uniones más jóvenes—las uniones generales—, tal como la Unión General de Trabajadores y del Transporte. Esta clase de uniones buscan organizar a los trabajadores sin reparar en clase de trabajo o relaciones. Todos van a parar a una masa revueltamente, en tal extremo que un trabajador del metal en el mismo trabajo que un miembro de la Unión Metalúrgica Amalgamada, se encontrarán en la misma unión que un cobrador de tranvías y que un campesino, o un trabajador del puerto en la Unión de Trabajadores del Municipio.

El Sindicalismo opta por la organización industrial y no por la organización de especialidades. Todos los trabajadores de una fábrica, que producen un mismo artículo, deben estar en su unión; todas las especialidades, entrenados y semientrenados, los escribientes, los técnicos, las mujeres y los jóvenes. Mientras las Trade-Unions gritan «100 por 100 trade-unionismo», las uniones de profesionales excluyen de su seno el 50 por 100 de la población—el sexo femenino—y dividen a los «organizados» en miles de uniones, mientras que sólo 25 uniones industriales serían suficientes. UNA INDUSTRIA, UNA UNION.

ORGANIZACION DE TUGURIOS

El sindicalismo organiza una rama de la unión en el tajo de trabajo. La mayoría de las uniones (los mineros son una excepción) forma sus ramas cerca de casa. Si un hombre trabaja en Poplar y duerme en Willesden, éste se une a la rama de la unión de Willesden. Las uniones están organizadas lo mismo que tugurios: no te preguntan dónde trabajas sino dónde duermes.

El problema de los trabajadores se plantea en el lugar donde éstos trabajan; allí pueden discutir con sus compañeros las cuestiones de sanidad o seguridad de la fábrica, la del trabajo a destajo o la tiranía de algunos encargadillos. Pero en la rama de su trade-union tal vez no en-

(1) El trabajo que presentamos a continuación es una traducción del folleto de nuestro compañero Tom Brown, «Trade Unionism or Syndicalism?», el cual fué publicado por primera vez en 1940 y reimpresso en 1942 y 1943. Desde entonces a la fecha algunos detalles del texto han cambiado, tales como algunos personajes dirigentes de las Trade Unions, sueldos y títulos de éstos, etc.; pero como la cuestión y objetivo principal del autor era poner de manifiesto la diferencia entre una organización y otra, así como la posibilidad de llevar a la práctica los ideales que encarna el anarcosindicalismo, y el tiempo transcurrido no ha hecho más que afirmar lo que nuestro compañero dijo hace ya 12 años, lo publicamos tal y como apareció en su última reimpresión.—(Nota del traductor.)

cuentre ningún compañero de trabajo. En la unión de mecánicos, puede encontrar individuos que trabajan en varias industrias, químicas, fuerza, astilleros o transporte; en muchas otras uniones todavía son más variados los oficios. Para sostener el mayor interés y actuación, lleven la rama de la unión al tajo.

CLUB ENTERRADORES

El fracaso de las Trade-Unions como organizaciones de lucha es debido en parte a su carácter de sociedad de amigos. Ellas pagan beneficios de enfermedad, de inhabilitación, paro y muerte, tareas todas ahora emprendidas por el Estado. Han llegado a ser no un conjunto de militantes de la clase trabajadora, sino clubs enterradores. En las uniones de profesiones, la mayoría de las contribuciones (a menudo dos chelines por semana), y la mayoría de las energías de la organización van a parar a este fin. Ahora el pago de beneficios en las asociaciones amistosas, acarrea la acumulación de enormes fondos. La existencia de tales fondos significa la Inversión de Capital. Inversión en propiedad, inversión en empresas capitalistas, las cuales explotan a sus trabajadores por provechos, inversión en EMPRESTITO DE GUERRA. Estos fondos dan a las uniones un interés en la prosperidad del capitalismo que paraliza sus actividades como organismo de lucha. Los dirigentes y miembros más tímidos que esperan sacar beneficios, temen una huelga que podría poner en peligro tales fondos. Terminan con los clubs enterradores, y entonces una unión se puede mantener con una contribución semanal de tres o cuatro peniques por miembro.

Se dirá que una contribución grande significa un mayor fondo para en caso de huelga y que es una garantía financiera de una acción militante; pero solamente una porción pequeña de los fondos se paga en subsidio de huelga. De cualquier forma la mayoría de las huelgas en los últimos trece años, han sido (y todas las huelgas ahora lo son) ilegales y por tanto no se ha pagado ni un céntimo de los fondos. Pero la ausencia de un cofre de lucha no significa necesariamente la ausencia de huelga. Algunas de las más fuertes y desesperadas huelgas, se han hecho con las cajas de fondos vacías. Al final de abril de 1926, la mayoría de las uniones mineras entraron a la lucha con una semana de sueldo más o menos en el bolsillo; sin embargo éstas continuaron la lucha por espacio de más de nueve meses.

No olvidemos que las uniones comparablemente ricas de Alemania sucumbieron al fascismo sin una pelea, mientras que las empobrecidas uniones de España, por espacio de tres años consecutivos, combatieron a todo el mundo capitalista. La posesión de propiedades no hace a uno un luchador, sino que a menudo traen el miedo de perder la propiedad. Un fallo humano que Hitler ha explotado a fondo.

REMONTANDO LA ESCALA SOCIAL

Una razón para la existencia del tipo «Labour Leader» es la alta escala de salarios pagados por los trabajadores a sus líderes, salarios suplementados por trabajos extras hablando o escribiendo para la prensa capitalista. Sus ganancias les colocan en otra clase. Ellos comen mejores alimentos, viven en mejores casas, concurren a las carreras de caballos, a los convites reales, sus esposas son presentadas a las damas de títulos, y generalmente ellos viven en un nuevo mundo. Cualquier simpatía que tuviesen por los trabajadores, muere. Sus esperanzas no están en una sociedad igualitaria, sino en salarios más altos.

Escuchad a un miembro sincero de la especie en un artículo, «Yo no estoy bien pagado», en el «Daily Express» de junio 6, 1939, Mr. W. J. Brown, secretario general de la Asociación de Empleados del Estado, escribe: «Entre

las clases relativamente poco pagadas en Gran Bretaña, están los líderes de las Trade-Unions. Yo gano mil libras esterlinas al año; sir Walter Citrine, secretario del T.U.C., también gana mil libras al año; Mr. Ernest Bevin gana mil doscientas libras al año; Mr. Marchbank, de la N.U.R. gana mil libras también al año.»

Solamente para mostrarnos a lo que aspira él nos cita los salarios atribuidos a unos cuantos puestos «comparables». Green, de la American Federation of Labour, y su rival Lewis, del C.I.O., cobran cinco mil libras esterlinas al año. Próximo a los burócratas empleados del Estado: tres mil quinientas libras para sir Warren Fisher, pero para sir Horace Wilson (el Consejero del Trabajo del Gobierno), la «misericordia de tres mil libras al año». Pasemos a los directores de compañías: lord Stamp, veinte mil libras; lord Ashfield (L.P.T.B.), 12.500 libras, y lord Gowan, de la Imperial Chemicals, es célebre por cobrar unas 70.000 libras al año. Dice W.J. Brown: «¿Hay esperanzas de que las anomalías desaparezcan? Muy pocas. Los miembros de la Trade Union se conducen muchas veces como si no tuvieran corazón.»

A organizadores y secretarios se les debía pagar el salario tipo del distrito de sus miembros, y debía haber el mínimo de organizadores pagados. Después de todo en la Trade-Union algunos de los trabajos más necesarios son realizados sin paga por los representantes de los obreros y otros en el tajo. Organización, reclutamiento y lucha por un mejoramiento de las condiciones de trabajo. Si los que envidian a lord Ashfield nos dejan, no hemos perdido nada; todavía nos quedan los fuertes que creen.

LA TRADE-UNION Y EL ESTADO

Una organización verdadera de la clase trabajadora no puede colaborar con el Estado como hace la Trade-Union. Cuando se formaron las uniones primeramente, el Estado las persiguió, ahora las ha ganado e incorporado a la máquina del Estado. Las Trade-Unions administran el seguro de sanidad del Estado y sus representantes se sientan en Comités del Gobierno desde los comités y oficinas de colocación que cortan el subsidio de paro, hasta las Comisiones Reales para la supresión de los trabajadores coloniales. Los jefes de la Trade-Union incluso aparecen en la lista de honores. El Tratado de Versailles, que hizo presente guerra inevitable, lleva la firma de un representante laborista, G.N. Barnes, de la Amalgamated Engineering Union. Igualmente los objetores de conciencia se ven envueltos en un tribunal con los representantes de sus Trade-Unions. ¡Qué cosa tan irónica que un líder laborista tenga que hacer de árbitro de conciencia!

El Estado no es otra cosa que el comité ejecutivo de la clase gobernante y nadie puede proteger a los trabajadores y servir a los propietarios al mismo tiempo. No obstante un líder de la Trade-Union, Ernest Bevin, actúa como ministro del Trabajo del Gobierno capitalista. Bajo su mando, el fruto de cincuenta años de lucha se ha desvanecido rápidamente. Las órdenes esenciales de trabajo y medidas parecidas reclutan a los trabajadores, les prohíben dejar el trabajo para incorporarse a otro más lucrativo o los transfieren violentamente de sus casas y los multan y encarcelan por «ausentismo».

Todavía se encuentran «cabezas gordas» que murmuran: «Es justo también tener unos cuantos de nuestros hombres en el Gobierno».

¡El Sindicalismo no tiene amigos en el Gobierno!

2. LA ACCION DE LA HUELGA

Todo avance en los trade-unionistas e incluso en los trabajadores desorganizados, se ha ganado por una huelga o por la amenaza de huelga, esto es, por la voluntad de re-

tirar nuestro trabajo. Más aún, una amenaza individual de dejar el trabajo es una aplicación del arma de huelga. Las Trade-Unions deben su nacimiento y crecimiento a la huelga. Ahora la han abandonado, por la actividad parlamentaria y colaboración de clase. Su espíritu ha perecido aunque su forma persista.

Se dice a menudo que el Parlamento y Gobierno han dado mayores sueldos y menor horario de trabajo a los trabajadores. Esto es verdad sólo aparentemente. En 1919 los mineros de Gran Bretaña pidieron mayor sueldo y una jornada nacional de seis horas al día, petición que podían haber llevado a cabo, ya que el carbón británico estaba en gran demanda aunque a seis libras la tonelada. Los propietarios del carbón no podían permitir un paro. A los mineros se les tapó la boca por una Comisión real y un decreto del Parlamento que les daba un anticipo de sueldo y una jornada de siete horas diarias, menos de lo que ellos podían haber conseguido. (Los mineros del norte de Inglaterra ya trabajaban menos de siete horas diarias). Pero en 1921, cuando las condiciones económicas fueron desfavorables y la organización de los mineros se debilitó, el anticipo de sueldo se perdió. En 1926, después que los mineros fueron derrotados en el campo económico, el Parlamento derogó la jornada de siete horas por la de ocho.

La Comisión de Industria «fija» los salarios a razón o baja la tarifa del mercado del trabajo. Si el mercado baja, entonces la tarifa de la Comisión de Industria es muy a menudo esquivada por trabajadores, impulsados a aceptar un trabajo a bajo precio, y por patronos que «olvidan» pagar la propia tarifa de sueldos y quienes sólo se acuerdan de ella cuando viene un inspector, sucumbiendo a la amnesia unas pocas semanas después. Esto es verdad particularmente en la industria de ropa barata. Un mercado bien abastecido y una débil organización económica de los trabajadores siempre significa sueldos bajos.

HUELGA RELAMPAGO

De cualquier forma, la defensa sindicalista del medio de huelga no significa la aceptación del método de huelga de la Trade-Union, que falla usualmente. El sindicalismo practica muchas clases de huelgas, pero no es posible mencionar aquí más que unas cuantas.

Tal vez el arma más común del sindicalismo es la *huelga relámpago*. Antes que una Trade-Union vaya a la huelga se entablan amplias negociaciones, se dan seis meses de aviso, y la huelga se aplaza unos cuantos meses más. Entonces, cuando, y sólo cuando el patrono y el Gobierno han preparado grandes reservas de productos y transporte y ha organizado la policía y esquiroles, se empieza la huelga. Se hacen arreglos en tal sentido para asegurarse de esto por medio de un aviso de bastante antelación y por acuerdos de distritos. (Los acuerdos de los distritos mineros se han hecho siempre para asegurar la derrota del distrito en huelga, por los otros distritos).

Desde luego los líderes laboristas consideran tales acuerdos como sagrados, pero si los trabajadores han de ganar, su intento ha de ser sin titubeo y en el lugar inesperado. La velocidad y la sorpresa son esenciales para la victoria.

Casi tan importante es la huelga de guerrilla; para sostener una lucha en cualquier sección de la industria, en cualquier localidad o inclusive en una simple fábrica, donde quiera las condiciones puedan ser temporalmente favorables. Pero el mejor centralizado movimiento de la Trade-Union no puede hacer esto. Algunas industrias, particularmente la mecánica, varían en prosperidad: aviación puede estar floreciente mientras que la construcción de locomotoras declinada, y no obstante la tarifa de sueldo está condicionada por la suerte de los mecánicos del ferrocarril. El sueldo más bajo llega a ser el más alto.

Si los trabajadores en una próspera rama de la industria ven una posibilidad de ir a la huelga con éxito, tienen que pedir permiso a los líderes de la unión central nacional. Naturalmente, los líderes no simpatizan, el permiso es rehusado y la oportunidad se pierde.

El método sindicalista no es organización de arriba abajo, sino de abajo arriba. Cada rama tiene autonomía local, pero todas las ramas están federadas en distritos, todos los distritos en una federación nacional de trabajadores. Esto es federalismo, lo opuesto al centralismo burocrático.

El federalismo hace posible también la «huelga por simpatía». Bajo el centralismo una unión esquirolea a la otra. Cuando los fundidores del hierro fueron a la huelga, la Trade-Union de maquinistas y ajustadores continuaron trabajando, ayudando a romper la huelga. Cuando el personal de autobuses de Londres fué a la huelga en 1937, el de tranvías y trolibuses, *miembros de la misma unión* rompieron la huelga.

El sindicalismo federa los trabajadores en una fuerza donde cada unidad está presta a ayudar a la otra. El preámbulo de la Internacional de los Trabajadores dice: «El agravio a uno es agravio a todos».

EL BOYCOT

El boycott ha sido poco usado por las uniones, aparte de las uniones sindicales en España y en Escandinavia. He aquí un arma poderosa, pero un arma que no causa pérdida de sueldos como la huelga común. Se aplica mejor desde luego a aquellas profesiones que se apoyan en trabajadores que van adquiriendo fuerza. Para apoyar la demanda del empleado los trabajadores están organizados para obtener apoyo de cierta serie de establecimientos, cines, cafés o artículos manufacturados.

La palabra «boycott» ha perdido mucho de su afecto de terror desde los días en que era empleado por la Liga Irlandesa de la Tierra. La Liga era la defensa de los pobres campesinos contra el terrateniente. Cuando un terrateniente desahuciaba a un arrendatario, la Liga aplicaba su boycott contra el nuevo arrendatario y el terrateniente. Los sirvientes domésticos dejaban la casa, sus obreros el campo y el ganado, el verdulero, el carnicero e incluso el doctor, se negaban a servirles.

El boycott era el arma más efectiva usada por los campesinos irlandeses. Pero el método puede (en nuestra compleja economía nacional) ser usado mucho más efectivamente por los trabajadores industriales organizados.

EL TRABAJO SEGUN PLAN

Muchas tácticas ingeniosas de huelga han sido inventadas por los sindicalistas franceses. De éstas el «trabajo según plan» de los ferroviarios (en varias ocasiones copiadas por los ferroviarios ingleses), es el mejor conocido. Miles de leyes y reglas para la marcha de los ferrocarriles son hechas por los directores y el gobierno. Naturalmente, la mayoría de ellas no se usan e igualmente son desconocidas, su lugar lo ha ocupado el sentido común y la experiencia del trabajo diario. Cuando a los ferroviarios franceses se les prohibió declararse en huelga, sus compañeros de trabajo, anarquistas, se vieron encantados al ponerles de manifiesto lo absurdo de la ley. Y los anarco-sindicalistas decidieron aplicar algunos extremos cuidadosamente.

Las leyes del ferrocarril se cumplieron tal como el gobierno decía habían de cumplirse. Una ley francesa determina que el maquinista de tren antes de cruzar un puente debe asegurarse de la seguridad que ofrece el mismo. Así las maquinistas de expresos paraban su tren en cada puente par consultar al guarda de éste. Los expresos llegaban tarde, claro está.

Una regla favorita del ferroviario militante era esa que

decía que el billete debía ser examinado por *ambos* lados. La regla no dice nada acerca de las horas de bullicio. Los resultados del «trabajo según plan» eran los de embotellar los ferrocarriles, poner la ley en ridículo y ganar la causa de los ferrocarriles.

Una táctica sindicalista más o menos parecida usada en el continente, era la «huelga del buen trabajo». Los trabajadores en la construcción de casas baratas para la clase obrera, debían poner su mayor habilidad al servicio del material que estaban empleando. Las puertas que colgaran derechas, las ventanas abiertas, los techos que fuesen impermeables y las paredes perpendiculares.

La forma más graciosa de esta clase de huelga de acción es seguramente aquella de la acusación contra la sección de la Internacional de los Trabajadores operando en una fábrica de conserva de salmón. Se decía que los trabajadores pegaban etiquetas de pescados baratos sobre los más caros cortes de salmón. De los distritos pobres del mundo llegaron pedidos de salmón y de los de clase bien pedidos de deshechos.

HUELGA SOCIAL

Todas las huelgas anarcosindicalistas no van encaminadas a proteger ciertas secciones de trabajadores o el aumento de sueldo en unos cuantos chelines. Algunas van encaminadas a reunir a todos los trabajadores en la defensa de los intereses de su clase, y algunas trascienden incluso los intereses de clase y defienden la humanidad.

La *huelga social* se ha usado contra la guerra como en la huelga general de los trabajadores de Cataluña contra la guerra de Marruecos en julio de 1909, y en el Congreso de los trabajadores de armamento alemanes, en Erfurt Alemania, que decidieron no hacer más armas de guerra para destruir hombres, sino forzar a sus patronos a convertir sus fábricas para la producción de artículos de utilidad.

La resolución de los trabajadores alemanes fué mantenida durante dos años, hasta que se rompió por las Trade-Unions ortodoxas. Los trabajadores anarcosindicalistas de Sömerda se mantuvieron hasta que sus plazas en los trabajos fueron ocupadas por miembros de las Trade-Unions. Si las Trade-Unions del mundo hubiesen apoyado y copiado esta brava acción, Hitler y la segunda guerra mundial, no hubiesen tenido lugar.

Otro buen ejemplo de la huelga social viene de España. Hace unos cuantos años, el gobierno español quería construir una cárcel de mujeres en Barcelona. Los trabajadores de la construcción de Cataluña se negaron a construirla. En vano el gobierno buscó trabajadores de otra parte de España. El solar de la prisión quedó intacto hasta que se importó mano de obra extranjera.

HUELGA GENERAL SOCIAL

Debido a las muchas batallas industriales dadas por los sindicalistas para ganar una mejora de sueldo o una reducción del horario de trabajo, se ha olvidado a veces que tales ganancias temporales no son los objetivos finales del sindicalismo. Tales luchas no son sino escaramuzas o medios de entrenamiento para la última batalla: la huelga general social y el control de la industria por los trabajadores.

La huelga general social no debe confundirse con la parodia del T.U.C., la huelga general británica de 1926. Antes de esa huelga, los patronos y su gobierno recibieron un aviso de nueve meses de antelación, tiempo bastante para organizar reservas, esquiroles, transportes y policía especial. Entonces, a algunos de los trabajadores se les pidió fueran a la huelga. Aunque un millón más se unió a ellos, la huelga estaba condenada al fracaso, por ir a la huelga a través del método que usa la unión. Los trabajadores dejaron las industrias, las minas, fuerzas, ferrocarriles, alimentación y todos los medios de vida en manos del enemigo. Por otra par-

te, los trabajadores se quedaron desarmados y fuera del control de los medios de economía por los cuales vive la sociedad.

La huelga general sindicalista no es un asunto pasivo en que los trabajadores se quedan en casa o en las esquinas de la calle, o en las librerías públicas por tres, seis o nueve meses, volviendo después al trabajo derrotados por el hambre. El método sindicalista es uno por el cual los trabajadores toman posesión de la industria y de los servicios económicos de la sociedad y los explotan como cooperativas de productores, distribuyendo las mercancías y servicios a los trabajadores, bloqueando a la clase gobernante y a sus lacayos. La huelga general social se le ha llamado muy a menudo, tal vez con más exactitud, el despidio general de la patronal, puesto que es la patronal y no los obreros quien en este caso, la que queda al lado opuesto de la puerta de la fábrica.

Contra esta acción oímos levantarse el lamento socialdemocrático: «Si hacéis eso, los patronos os apalearán y ametrallarán». Nosotros contestamos: «Si no lo hacéis, os apalearán, ametrallarán y os matarán de hambre, pero con mayor éxito, como muestra la historia de la huelga de inanición pasiva. Pero para apalear a los trabajadores tienen que empezar por destruir sus propios intereses, como se dieron cuenta estaban haciendo en 1937 en la huelga de automóviles en los EE. UU.

Mas aún, no olvidemos que es el trabajador quien fabrica los cañones, los proyectiles, los aeroplanos y los tanques; es el trabajador quien produce el combustible y el transporte, medios por los cuales vive un ejército. Cada soldado requiere al menos diez trabajadores industriales para mantener su valor militar.

¿SE PUEDE HACER?

Todavía asustado el político socialista musita sus temores. ¡No permitamos que el trabajador comparta esta timidez! Un puñado de experiencia vale más que un saco de teoría, dice alguien. ¡La cosa se ha hecho! En el verano de 1920, a los trabajadores italianos de la metalurgia se les agasajó con un anuncio de una reducción de salario y un cierre, para imponerlo. En vez de someterse a este cierre, los obreros tomaron posesión de las fábricas y cerraron las puertas a los patronos. En las fábricas se levantaron barricadas y alambradas y hasta se utilizaron cables eléctricos. Milicias de trabajadores fueron organizadas y los medios de defensa contruados en los talleres de armamentos distribuidos mientras las otras fábricas improvisaban armas.

Inevitablemente alguno preguntará, pero ¿cómo van a alimentarse los huelguistas? Nada podía ser más fácil y simple para los obreros italianos del 1920. El molinero molía el trigo y los sindicatos campesinos recogían alimentos para los huelguistas y éstos se suministraban a las fábricas por medio de los trabajadores del transporte. En el mismo sentido los trabajadores de luz y fuerza, los ferroviarios y demás concurrían a las necesidades de las fábricas.

Caso parecido ocurrió en Francia en 1936. Todavía la huelga allí se extendió más aún, incluso modistillas (consideradas los trabajadores más atrasados), se unieron a ellos cerrándole las puertas a los patronos. ¿Y el derramamiento de sangre, el vasto mar de sangre predicho por los socialistas? Nada. La patronal prefiere derramar la sangre de trabajadores indefensos.

En Italia el Gobierno, la policía, el ejército y los fascistas fueron impotentes. He aquí la prueba por un bien conocido periodista burgués, George Seldes:

«En verdad que día por día más y más fábricas iban siendo ocupadas por los trabajadores. Pronto 500.000 «huelguistas» trabajaban haciendo automóviles, barcos, forjando herramientas, manufacturando miles de cosas prácticas, pero no había allí ni un solo propietario para mandarles o dictarles una carta en las oficinas vacantes. La paz reinaba.

DOS LIBROS DE SALVADOR MADARIAGA

Acaban de traducirse al francés dos libros de Salvador de Madariaga.

El primero, editado hace ya años en español: «Cristóbal Colón». El segundo, escrito más recientemente: «Portrait de l'Europe».

En «Cristóbal Colón», Madariaga desarrolla una teoría que cierto escritor catalán lanzó hace ya más de un lustro: la catalanidad de Colón, aderezada con otro detalle picante: Colón, además de catalán, era de origen judío. Nació accidentalmente en Génova, surgido de una familia de judíos catalanes emigrados y conversos.

El libro es interesante, ameno, porque se esfuerza en descubrir otro de los grandes enigmas históricos: la verdadera nacionalidad de Colón, sus orígenes y el secreto de su nacimiento.

Por lo demás no pasa de ser un ensayo caprichoso. Jamás se sabrá la verdad sobre Colón, como se ignora sobre Shakespeare. Hay figuras penetradas por derecho propio en la leyenda y que de ella salen interpretadas por todos los temperamentos e identificadas por cada uno. Homero y Jesús probablemente no existieron, pero hubo, con toda seguridad, hombres que murieron crucificados en Jerusalén por propagar doctrinas igualitarias, juzgadas sediciosas. Y hubo poetas analfabetos e inspirados por el sol de Grecia que fueron creando el folk-lore recogido en la Iliada y la Odisea y atribuido a Homero.

Madariaga nos muestra un Colón aventurero, obsesionado por la necesidad de ocultar su origen semita, ni más ni menos que tantos miles de judíos

«Era fiesta. Muchedumbres venían en automóviles, en carruajes y andando, por millares, a ver la gran vista... Turistas cogidos en medio de la revolución, cuando los primeros sustos terminaron, se aventuraron a salir también y no vieron nada anormal.

«Para nosotros, la prensa fué una terrible desilusión. No había cuento. A veces una patrulla de trabajadores pasaba. La policía no se metía con ellos aunque éstos llevaban armas. Se cantaban muchas canciones alegres.»

LOS DIAS DE JUNIO EN FRANCIA

En la huelga francesa de 1936, vemos la misma ausencia de derramamiento de sangre. Pero no fué la naturaleza pacífica del capitalista francés la causa de la paz. Los franceses son de los más sanguinarios e indiferentes a la vida humana que cualquier otra especie de capitalistas; las campañas del Rif, y Siria y las acciones de los generales como el «carnicero» Nivelle en 1917, prueban eso. El derramamiento de sangre se evitó debido a la acción militante y a la fuerte posición estratégica de los trabajadores franceses.

León Blum, primer ministro en 1936, declaró en el reciente proceso de Riom, que no se intentó echar a los trabajadores de las fábricas debido al peligro que tal acción hubiese representado para el Gobierno. El Gobierno francés fué impotente.

(Continuará).

Tom BROWN

(Traducción de Juan Ruiz).

modernos, que se cambian el nombre y el apellido, temiendo otra etapa de persecuciones parecida a las que les hizo sufrir el nazismo.

La catalanidad de Colón es un matiz, como decimos antes, ya aportado por otros cronistas. Colón — colom — es un apellido muy frecuente en Cataluña y, según parece, adoptado por muchas familias judías conversas. La sangre de los catalanes, por lo demás, es una aleación de muchas sangres: fenicios, hebreos, griegos, romanos, godos, árabes. Las playas catalanas vieron arribar conquistadores belicosos y pacíficos de todas las razas, escalonándose para mezclar su sangre y formar el tipo catalán, suma y confusión de todos.

Para el público francés, el Cristóbal Colón de Madariaga tiene el atractivo de su estilo y de su manera, mariposeante y paradójica, en la que, a las muchas mezclas del tipo español, se unen las muchas mezclas de influencias culturales y de lenguas sufridas por ese español britanizado, que, en el fondo de su alma, hace años renegó de lo que constituye el nervio de España: su espíritu de protesta; su individualidad; su tragedia de pueblo superior a su destino histórico; su apego trágico a la tierra que nos vio nacer, miserable y magnífica, paraíso e infierno.

Madariaga es un europeo que abandonó a España como se abandona a una novia pobre. Se acuerda de ella de vez en cuando, con nostalgia y con lástima, pero en el fondo jamás fué capaz de apreciar sus tesoros ocultos y el bien desdichado.

Y aún su europeísmo de poliglota es superficial, mariposeante y paradójico como su manera literaria. Tampoco es europeo por ampliación de horizontes, ni por necesidad de perspectiva. Es europeo porque ha visitado muchos países de Europa y conoce varios idiomas. Pero, ¿llegó a comprender de Europa algo más de lo que comprendió de España?

El segundo libro de Madariaga vertido al francés, «Portrait de l'Europe», parece dar la respuesta a esta pregunta.

He leído en «Les Nouvelles Littéraires» una crítica de Robert Kemp a este volumen. Y el reproche que Kemp le hace es precisamente ese: que tampoco ha acertado a definir a Europa, a la que vé con visión demasiado superficial, a la que juzga ligeramente, lo mismo cuando pretende definirla espiritualmente que cuando se adentra en su drama político.

Los franceses no le perdonan olvidos imperdonables: que exalte a Don Juan y a Hamlet por encima de Rabelais y de Montaigne, que para él Shakespeare sea encarnación de Europa y Hamlet una filosofía y olvide a Pascal y a Descartes, que valen Hamlet como filosofía y como hombres.

Olvida asimismo a Italia y su aportación a la obra espiritual de Europa. Sólo un inglés de nuevo cuño puede olvidar a Italia: la Italia del Dante, de Leonardo, de Petrarca, y, llegando a la Italia moderna, de Carducci y de Benedetto Croce. En el

fondo, Madariaga, como Baroja, odia al Mediodía y al Mediterráneo. Salva al Quijote, porque no se concibe Europa sin Don Quijote, pero todo lo que es música, color, arte, cadencia, ritmo latinos, despierta su hostilidad sorda. Preferir Karamazow a Julián Sorel revela ya un «parti-pris» singular, porque en el fondo se parecen y en cierto modo son hijos el uno del otro.

Es, por lo demás, el único sitio que Madariaga concede al espíritu ruso en ese «Portrait de l'Europe». Y francamente, el hecho de que hoy exista en Rusia un tal José Stalin, no es razón para que se niegue o se minimize la aportación del espíritu ruso a la construcción moral de Europa. Dostoyewski, aunque sí el más atormentado, no es tampoco el único creador de tipos y de influencias europeas y universales. Si Pascal vale Hamlet, como dice Kemp, ¿es que Tolstoy no vale él solo todo un universo de vidas? Si Gandhi es hoy una figura cumbre, a Tolstoy se debe, que desbrozó el camino de la resistencia pacífica y de la renunciación a todo, en aras de la justicia entre los hombres y de la perfección íntima.

Este «Portrait de l'Europe» acentúa ese defecto fundamental de Madariaga, que hará que su obra muera: la falta de profundidad y de perspectiva interna.

Madariaga mira sin ver muchas cosas. Aquellas que vé las describe con acierto, con cierta gracia que ya no es española, que nada tiene que ver con el donaire de un Cavia, el brio de un Alfredo Calderón, la elegancia de un Valera, la distinción de un Zozaya, ni la penetración psicológica de un Galignet, que es ya una gracia tamizada por el Tameis y convertida en «humour».

Pero muchas cosas le escapan, no las percibe, ni las sospecha, ni las busca. De ahí que este «Por-

trait de l'Europe» valga menos que su «Cristóbal Colón», que sea agradable a leer, pero cuya lectura levanta multitud de objeciones. No por lo que dice, precisamente, sino por lo que olvida, por lo que no capta, por lo que no presiente.

Definir un continente, hacer el retrato del conjunto de países que constituyen una parte del mundo, tampoco es cosa simple. La ambición solamente es ya una ligereza. Y menos con paradojas ingeniosas, como es esa de intentar definir la idiosincrasia de los pueblos por la evolución y adaptación de su lenguaje. La inmaterialidad del inglés no ha impedido lo macizo y lo pesado incluso de un Carlyle y de un Godwin. Y la pesadez germánica no impidió que Goethe, que Schiller y que Heine escribieran obras inmortales, que el alma de Beethoven fuese aérea y su música tuviese todas las delicadezas y todas las violencias.

No. Los idiomas no definen el alma de los pueblos, ni Madariaga puede definir las corrientes culturales, espirituales, sociales, políticas, que contribuyen al desarrollo y evolución del pensamiento humano. Y hoy el mundo se ha hecho tan pequeño — después del avión super-sónico, del radar y de la energía atómica — que hacer un retrato de Europa es reducir la fotografía. Europa es un continente, barrido por océanos de ideas que vienen de Asia, de Africa, de Oceanía y de América. ¿Quién puede calibrar el volumen de las influencias espirituales, como el de las influencias étnicas?

Sintámonos ciudadanos del mundo, como el Dante. De un mundo mucho mayor y mucho más cercano. Y si conseguimos definirnos a nosotros mismos, ya habremos hecho una definición importante.

Federica MONTSENY

NOTA IMPORTANTE

A LAS PUBLICACIONES LIBERTARIAS

Interesándonos continuar nuestra labor de archivo de prensa y documentación social y cultural, deseamos de toda prensa afín el envío de dos ejemplares, correspondiendo por nuestra parte al intercambio de periódicos, Revistas y Boletines.

Señalamos los siguientes: «La Obra», de Buenos Aires; «Cultura Proletaria», de New York; «Il Libertario», de Milano (Italia); «Reconstruir», de Buenos Aires; «A Plebe», de Sao Paulo (Brasil); «Umanità Nova», de Roma (Italia); «Le Libéraire», de París (Francia); «L'Aduanata del Refrattari», de New Jersey, New York; «Le Combat Sindicaliste», de París (Francia); «Solidaridad Obrera», de México; «Acción Directa», de Río de Janeiro (Brasil); «Tierra y Libertad», de México; «Freedom», de Londres;

«Regeneración», de México; «Voluntad», de Montevideo; «El Obrero Calderero», de Buenos Aires; «Ahora», de La Habana; «Solidaridad», de Montevideo; «Etudes Anarchistes» (Revista), de París; «Volontà» (Revista), de Napoli (Italia). Boletines, manifiestos, programas y pasquines; que se publiquen en Francia y continentes.

Todas estas publicaciones libertarias serán enviadas en lo sucesivo a la siguiente dirección: SECRETARIA DE CULTURA Y PROPAGANDA DE LA C.N.T., 4, rue Belfort, TOULOUSE (H.-G.), FRANCIA. Rogamos el cambio de destinatario.

Fraternalmente,

S. DE CULTURA Y PROPAGANDA.

Historia del Movimiento Anarquista en Francia



A obra que Jean Maitron ha publicado en esos días (1): «Histoire du Mouvement anarchiste en France, 1880-1914», es voluminosa y verdaderamente meritoria por el empeño con que el autor ha examinado una vasta documentación y, sobre todo, por la precisión de esta documentación. En Francia, en estos últimos años han aparecido diversas obras sobre el anarquismo, pero sea por su carácter (hagamos excepción de la labor iniciada por el compañero Louvet con su publicación de la «Historia Mundial del Anarquismo») a veces escandaloso, en la mayor parte de los casos, con la exterior apariencia de la seriedad, que no son más que el resultado de adornos, ninguna de estas obras, digo, puede sostener el parangón con la de Maitron, verdaderamente seria y emprendedora. Contrariamente a otras obras publicadas, es importante no sólo por el volumen (774 páginas), sino por la seria preocupación que ha guiado siempre al autor en su rebusca y su trabajo en general, que por otra parte le ha permitido afianzarse en un terreno sólido que es el de la documentación. En definitiva es esta documentación lo que vale en obras de este género, y para quien pretende trazar la historia de un movimiento como el anarquista, debe ser sumamente fácil perderse de faltar la brújula de la documentación.

El objetivo de la obra de Maitron se halla claramente expresado en el título: «Historia del movimiento anarquista, de 1880 a 1914».

El no haber tenido la pretensión de ampliar excesivamente el campo visual para darse el aire de abarcarlo todo, le ha permitido conservar siempre una visión clara y segura, y tener también la posibilidad de seguir un camino directo.

Hablando de «movimiento», el autor circunscribe el campo de examen. Es un acierto haber establecido una fecha de partida, bien que para poder extenderse largamente sobre esta pero haber fijado un punto previo de partida, le ha privado de descender a los meandros que hacen fácilmente perder la orientación en cuanto el origen del «pensamiento anarquista», y que seguramente le habría llevado lejos y sobre todo no le habría sido posible trabajar con documentación solvente.

Al dedicar el autor una veintena de páginas de su obra a seguir el desenvolvimiento del espíritu libertario a través del tiempo y otras ochenta páginas para concretar la obra evolutiva de la idea anarquista, se ve que lo hace solamente para encastrar su obra y hacerla comprensible a cualquier lector «estudioso». Pero la importancia capital reside en las 400 páginas centrales, en cuyo punto sigue después la formación del movimiento anarquista en todas sus fases hasta el fin de 1914 y de la primera guerra mundial. El hecho de prefijarse un cuadro preciso de la labor que se quiere realizar, una fecha de partida y un punto de llegada, es particularmente, en el que quiere historiar, cosa de gran importancia.

Para precisar y explicar la razón de la fecha de origen del movimiento anarquista en Francia, afirma Maitron «que el más alto grado de orden en la sociedad se expresa por el más alto sentido de libertad individual, en una palabra: en la anarquía» (2). En el terreno de los hechos, el movimiento tiene su origen en las discusiones que en el seno de la Primera Internacional pusieron frente a frente a Marx y Bakunin, o sea el principio libertario ante el autoritario de estos dos grandes pensadores. El movimiento anarquista, afirma Maitron, surge de la escisión entre marxistas y anarquistas, que se produce internacionalmente en el Congreso de julio de 1881, en Londres, y en Francia en el Congreso Regional del Centro tenido algunos meses antes en París, o sea el 22 de mayo de 1881. Es en este Congreso, en efecto, que por desacuerdo producido, sea por la conducta y la modalidad de desenvolvimiento del Congreso, que los anarquistas abandonaron el lugar de reunión y decidieron celebrar, del 25 al 29 de mayo, un Congreso socialista revolucionario independiente, tal como ocurrió en Italia, una docena de años más tarde, en el famoso Congreso de Génova de 1892.

Y desde el momento en que surge un movimiento anarquista, el autor sigue paso a paso todo su desenvolvimiento y desarrollo—ocupándose solamente de cuanto ocurre en Francia—, examina su finalidad y sus funciones, sigue sus manifestaciones, su múltiple actividad, sea cuando participa en las protestas del pueblo, sea cuando los militantes anarquistas descienden al campo de la lucha individual, dando lugar a aquella serie de atentados (1892-1894) que sembraron la alarma entre toda la policía y autoridades de Francia y del mundo entero. Y trata aparte cada uno de estos periodos, porque cada uno ofrece una bien particular característica y representa un preciso momento de la historia, tal como hará con aquello que se caracteriza por los numerosos adherentes a la «acción individual» y los grandes atentados.

En la historia del movimiento revolucionario en general y del anarquismo en particular, existen fechas importantes como la que recuerda la famosa manifestación del primero de mayo de 1890 en Viena, y la del primero de mayo de 1891 en Clichy, pero el autor subraya la actitud de los anarquistas siempre contraria al principio de paso a fecha fija, porque las revoluciones son siempre consecuencia de la explosión espontánea del descontento de las masas.

Sigue al período de los «grandes atentados» la reacción que se desencadena en toda Francia, pudiéndose decir que pone fin a todo un particular período de vida del movimiento anarquista francés, período que concluye con el famoso proceso dicho de los «treinta», que tiene lugar en Lyon, en agosto de 1894, y en el cual, entre otros, se hallan encartados Kropotkin, Jean Grave, Sebastián Faure, Félix Feneón, etc.

La represión que acompañó y sobre todo siguió al período de los atentados de 1892-1894, lleva, por un cierto período, a la desorganización del movimiento. La supresión de casi todas las publicaciones anarquistas y afines, el encarce-

(1) «Histoire du mouvement anarchiste en France 1880-1914», Jean Maitron, 774 páginas. Editions Société Universitaire d'Éditions et de Librairie, París, 1951.

(2) «Œuvres complètes», J. P. Proudhon. Tomo XIX. Editions Librairie Internationale, París, 1870.

lamiento y el destierro de los principales militantes anarquistas, fue indudablemente un duro golpe al movimiento anárquico, quien debe dejar pasar algún tiempo para poder reemprender su tarea con nuevo brío. Cuando lo hará, en 1895, será bajo algún aspecto nuevo, con una neta tendencia a la participación en el movimiento obrero que está tomando gran desarrollo.

Esta evolución no se produce improvisadamente. Es el resultado lógico de una nueva necesidad, de tiempos y condiciones nuevas. Esta necesidad se hace sentir desde hace varios años, y en efecto, en el periódico «La Revuelta» (3), de marzo de 1892, podía leerse: «Hace diez años la situación aconsejaba el acto individual para sacudir la pereza; hoy, la situación impone el acto colectivo». El reemprendimiento adviene en 1895 bajo la nueva y diversa preocupación de cuanto llevarón el movimiento anarquista adelante a lo largo de aquellas primeros quince años. La participación de los anarquistas en el movimiento obrero se acentúa. Y Maitron se extiende sobre esta nueva orientación y actividad del movimiento anarquista francés, porque conduce en realidad a todo el movimiento a un sensible desarrollo. Se producen las diferencias internas definidas como «dispersión de las tendencias». Y en Francia fue esta, en cierto período, verdaderamente dañosa, como la peste. A través de la propia y particular especulación de tendencia, cada uno llegaba a la conclusión de que una renovación de la sociedad sería posible si todos adoptaran la propia y particular especialización, tales como los neomalthusianos, los vegetarianos, los neo-cooperativistas, los educacionistas, etc. Los años de reacción llevaron también a muchos a lanzarse a tentativas «experimentales» de vida en común, creando colonias comunistas, etc. Más tarde, en vísperas de la primera guerra mundial, una nueva ola de ilegalismo culminó en el advenimiento que hizo célebre a la Banda Bonnot (1913), y sacudió por algunos meses el movimiento. Todo esto se refiere al campo de la acción, pero el autor sigue también atentamente lo ocurrido en el campo del pensamiento y de la crítica, cuidando de circunscribir y sobre todo de fijar los límites, lo más exactamente posible, del anarquismo con respecto a las demás corrientes socialistas. Y sobre esta cuestión dedicará una parte importante de su obra, particularmente la cuarta, donde fija el contraste entre «La filosofía anarquista y el punto de vista anarquista», procurando poner bien en claro el conflicto entre marxistas y bakuninistas, disensión sobre

(3) «La Révolte», 25 marzo 1872, París.

la cual escribió acertadamente Kropotkin en su libro «Autour d'une vie» (4): «No se trata solamente de un problema de personas. Ha sido un conflicto necesario entre los principios del federalismo y los principios de la centralización, entre la Comuna libre y el gobierno paternalista del Estado». He aquí una de las características fundamentales del anarquismo: la lucha contra el Estado. Miguel Bakunin, en su escrito «L'Empire Knouto-Germanique et la Révolution Sociale» (5), decía: «El Estado garantiza siempre cuanto encierra: a los unos, su riqueza, a los otros, su pobreza; a los unos, la libertad fundada sobre la propiedad, a los otros, la esclavitud consecuencia fatal de su miseria; y obliga a los pobres a trabajar siempre y también a hacerse matar para aumentar y salvaguardar la riqueza de los ricos, que es la causa de su miseria y de su esclavitud. Tal es la verdadera naturaleza y la verdadera misión del Estado».

Pero la crítica y la lucha de los anarquistas no se dirigen solamente contra el Estado, expresión de la autoridad política, sino que, también, contra la autoridad económica representada en la «propiedad privada», contra la autoridad moral producto de la ignorancia, porque la minoría que oprime política y económicamente al pueblo no es fuerte sino por la ignorancia y por la inconsciencia de aquellos que domina. Muchos de estos puntos esenciales y algunos métodos de lucha particulares a los anarquistas se hallan en franco contraste con los de los socialistas autoritarios, de los marxistas. Con relación a estos, y quizás para complacerles, el autor dedica todo un capítulo: «Marxismo y anarquismo».

Habíamos dicho ya al principio de este nuestro análisis de la obra de Maitron, que una parte importante de su trabajo se halla representada en la amplia bibliografía relacionada con los periódicos y diarios, libros y opúsculos anarquistas o que tratan del anarquismo, y que tal labor representaba una importante contribución y una seria ayuda a los estudiosos, bien que sea necesario decir aquí que, como siempre y en cada labor del género, existen lagunas, pero debemos reconocer que, en el conjunto, la obra de Maitron es buena y merece ser conocida.

(Tradujo del italiano J.P.)

Ugo FEDELI

- (4) «Autour d'une vie», Pedro Kropotkin, París 1896. Ediciones P. V. Stock.
(5) «Œuvres», Miguel Bakunin. Tomo III, págs. 161-162, París, 1908. Ediciones P. V. Stock.

NUESTRA SECCION LITERARIA

“La Vida y los Libros”

Se insertarán en esta sección mensual literaria críticas sobre aquellas obras que vayan apareciendo, escritas en los idiomas corrientes o traducidas, de las cuales hagan llegar los autores o editores, dos ejemplares gratuitos a la Redacción de CENIT, 4, rue Belfort, Toulouse (H.-G.)

Esencia y presencia de MIGUEL HERNANDEZ



El último cuarto de siglo abrió al hombre europeo un amplio campo de posibilidades para encontrar su propio destino. Dos convulsiones tremendas sacudieron su corteza y un estremecimiento de horror le obligó a volver sobre sus pasos, en un acto de contrición. Los campos regados con sangre de los padres, recibieron a ríos la de sus hijos. Las mieses barridas por los fozonazos en la primera gran contienda, fueron trituradas bajo las pesadas ruedas de los tanques en la segunda. El asalto a las fortalezas por ambos bandos fué sucedido por el paso de los ejércitos motorizados, que no sólo reducían a informes montones de tierra y fango los caminos que abrían, sino que impusieron, en su brutal avance, la angustia, que es dolor lacerante. En sus profundos surcos, los carros de guerra no depositaron la muerte. Predispusieron al hombre a morir en resignación, abandonado, cual despojo sin valor. El individualismo, que tenía una tradición histórica secular, con ese rasgo personalísimo que durante tantos años le caracterizó, fué sometido a la acción psicológica científicamente estudiada y aplicada con crueldad inaudita por el engranaje mecánico. Al término de cinco lustros los rasgos fisonómicos y espirituales del hombre europeo han experimentado una transformación tan pronunciada que su influencia repercutió en todas las partes del mundo.

La creación humanística, que en literatura, había adquirido formas particulares, descendió al grado de volverse en algunos aspectos excéptica y pesimista, negativa de valores como para enfrentar los años futuros. La confianza, que alimentó por décadas el fuego viviente de una civilización que creía en la personalidad humana, por vía de los acontecimientos, se volvió oportunista y abrió combate en una sucesión de formas y estilos simbólicos en procura de un camino en que se había extraviado. De otra parte, se tomó violenta y soberbia. Y la resignación, a la que la humildad levantara monumentos, apareció insolenta y desafiante, con indumentaria carnavalesca, adjurando del optimismo y de la fe en el progreso. Esa lucha permanente contra la lógica admitida en la literatura europea, tuvo también en suelo americano sus cultores, no como producto de un desequilibrio belicista, por cuya situación no se atrevió en esta parte de la tierra, sino porque existía la necesidad de descubrir otras formas literarias, otros conceptos que interpretaran la razón del hombre. Y así es que hubo de rechazarse los conceptos dogmáticos, la voluntad de sobreponerse a la tragedia y trazar un punto de partida por donde canalizar la herencia de su cultura humanística.

Los ensayos dieron por resultado el desencadenamiento de un materialismo extraño, ya de influencia rusa y norteamericana con sus novedades simbólicas, sustentador de lamentaciones, ya poseído de un dominio espiritual de lo trágico frente al optimismo. Exagerando detalles a través de figuras imaginativas, descendió hasta la lamentación en tanto que acusaba al hombre como una negación de sí mismo, abriendo una soledad en el alma humana, creando un mundo de «desollados vivos», donde el sufrimiento, a la manera de los místicos de otros siglos constituía el ideal del sacrificio, temiendo

el encuentro de una realidad que recién perfilamos al cabo de años. Las formas del espíritu, después de tanta exaltación y negación, se están definiendo como una voluntad de conciencia. Y es siempre el humanismo, sobre el pesimismo y la melancolía del arte de postguerra, el que nuestra la grandeza del vivir colectivo, interpretando el sentimiento de nuestra generación como lo hiciera antes a través de las edades, reiniciando el camino perdido en un laberinto de convencionalismos.

Ciertamente que el hombre atraviesa por un período crucial, a tropezones diarios con obstáculos casi insalvables. Las formas de vida en nuestros tiempos imponen su condición de primacía en todos los problemas de la humanidad. Y las artes, como las ciencias no han podido sustraerse a su influencia devastadora. Sólo aquellos espíritus selectos, que han resistido la acción de los vendabales lograron mantenerse erectos y terminaron por imponer su voluntad. Dilapidando energías, más que inteligencia, nuestra generación desenvolvió su ciclo evolutivo entre una maraña de problemas económicos, políticos y estéticos, desarticulados de un centro nervioso por vía de los acontecimientos sangrientos, destruyendo la organización de un entendimiento cultural que hasta nosotros guiara la conducta de los pueblos. Generación desventurada, donde el hombre se confunde con lo absoluto y temé destruirlo con su presencia, es la nuestra. Dolorido, quemados sus ojos y sentidos, ha seguido el curso de los hechos rodeado de sangre y acosado por complicaciones que no alcanzaba a poner en claro. El fenómeno, que tenía como centro aquí o allá, a dos o veinte mil kilómetros distantes, terminó por envolvernos a todos entre los dientes de su mecanismo. Aquí se apagó el fuego sagrado de la eterna rebeldía, de eterna juventud que no es pasado, sino futuro y el presente, paso transitorio, como simple frontera a través de lo desconocido hacia el ideal.

La muerte lenta, con los ojos abiertos, los miembros inmobilizados asoma sud rentazos a la mente dolorida. Y la duda que hizo titubear a la generación anterior, asaeta nuestra imaginación, invadiendo los campos del espíritu. Nos acusamos a nosotros mismos de haber destruido en una lucha inútil las únicas energías, con olvido de lo que representamos como promesa del porvenir. La novela, el poema y el ensayo carecen de la firmeza que impone la confianza, de la seguridad. El pulso tiembla y la imaginación no responde a las intenciones, presentándonos como los hombres más indiferentes del siglo.

En este lapso apenas si hemos construido determinado número de imágenes de las que se pueda hablarse con respeto, con fuerza y vigor suficientes como para eternizarse. Los sentimientos apenas si adquieren proyecciones más allá del instante en que fueron despertados. La literatura es un problema de humanidad, como todo cuanto concierne al individuo y es el hombre quien debe alcanzar aquí su grandeza, por la libertad de poder realizar en su imaginación el instrumento que conduzca a la dicha. Por ello, una deuda hemos contraído con el futuro cuando el escritor y el poeta no cumplen con su misión. Los hombres son múltiples y la dimensión de sus sentimientos infinita. La temeridad de los juicios, la incerti-

dumbre en las concepciones, el tanteo dudoso y el sentimiento trastornado, conducen a la deformación estética. Y el arte surge herido y es preciso un largo movimiento para la reconstrucción que otrora duró siglos.

Pareciera que el destino traza su curva sobre la vida de las generaciones que dudan. El recorrido de oriente a occidente que sigue el sol, como símbolo de libertad e históricamente, siguen las corrientes humanas, se detiene entonces. Y como todo el pasado no se reproduce ni repite con exactitud, sino en líneas generales porque el hombre es un producto que evoluciona al compás de la historia de otras generaciones, es preciso volver los ojos a lo que fué, a las obras maestras y arrancar desde allí hacia una nueva reencarnación. De tal modo es que el simbolismo, como el más feliz de los ensayos de la pasada generación, no ha podido en fin de cuentas sustraerse a la influencia clásica ni olvidar la condición humana que inundó de ternura los siglos de oro del arte y de la poesía.

Aquí habría de llegar con nuestros bajeles destrozados y la imaginación resentida. El fenómeno es común, mas no ordinario. Los que nos han precedido crearon sus escuelas para desembocar en el romanticismo. Nosotros no somos sus continuadores simplemente, sino creadores de futuro. En nosotros no se ha detenido el movimiento de la tierra: nosotros somos los forjadores de la historia nueva. El pasado no es combustible con suficientes calorías para trazar nuestro destino. Nosotros tendremos que cerrar las puertas de nuestras ciudades y echarnos a campo traviesa para debernos a nosotros mismos, ganando nuestro pan estético por lo que somos y lo que valemos. Tendremos que incendiar las naves de escuelas y prejuicios y construiremos para demostrar nuestra capacidad creadora. El ancho mundo, con sus nebulosas inquietudes, ha de ser nuestro universo y representación. En él están los motivos que han de inspirarnos para volvernos grandes. Y el humanismo, que encierra sufrimiento y alegría, placeres y llantos, hasta aquí siguió nuestros pasos, incapaces de sobreponernos a su influjo poderoso, a su acción predominante.

De cuanto hemos realizado apenas si podemos presentar un pequeño balance esquemático, tomando como ejemplo algunos poetas y escritores, perdidos para el público en el tráfico de esta lucha imaginaria contra los molinos de viento de la literatura. El instinto que nos guía, presenta en este aspecto ejemplos magníficos que se destacan con rasgos particulares, por su sencillez y contenido poético, entre los cuales debe contarse a Miguel Hernández. En nuestra lengua, otros poetas contemporáneos como García Lorca, Rafael Alberti y César Vallejo establecieron un paréntesis luminoso por lo profundo de sus cantos y la anchura de sus concepciones. En ellos parece haberse cerrado un ciclo histórico. Y lo que pasa de aquí hacia adelante, una simple continuación de imitadores en forma y estilo, aparentemente incapaces de independizarse por su propia iniciativa. Aporte señalado a la literatura moderna lo constituye la producción de estas figuras sobresalientes en las nuevas concepciones de la poesía contemporánea. Su influencia llegó a los más apartados rincones del mundo latino porque su obra interpreta en parte un estado emotivo particular donde se confunde el humansimo con el simbolismo, la creación imaginativa con la belleza estética. Miguel Hernández, ajeno en parte a esa influencia, ha creado un estilo propio, si modernista en su fondo, con inmensas particularidades que le destacan entre sus contemporáneos.

Angustiado siempre como producto de su siglo, las corrientes literarias se confundieron en este poeta, nutriéndose en sus fuentes al punto de establecer una lucha personal para romper con el escepticismo. Su arte no es revolucionario, sino espiritualista. Atado a las normas poéticas que de la figura hicieron el centro nervioso, el idealismo le dió fuerzas para sobreponerse y trazar el ritmo de su poesía. De las más altas soledades, arrancó energías para traducirlas en poe-

mas que, cuando no representan la esencia vivificante de la juventud, que no debiéramos abandonar nunca, se sumergen en el dualismo trágico, con su carga de pesadumbre que le llevó a la tumba. Poeta por temperamento, pronto hizo presente su ascendencia, por su fiebre sentimental como por su lirismo torturado que la tornan poesía del destierro.

Sabemos de él que ha nacido en una ciudad española, igual que tantos otros poetas de su raza. Las fechas de su nacimiento y muerte constituyen meros detalles, sin contenido histórico en cuanto a los valores de su arte por lo que tienen de eternidad. Producto de una vida azarosa y llena de privaciones, dentro de una civilización de ricos y pobres, ha formado su acervo intelectual sojuzgado por los apremios económicos que impiden la contemplación de los ojos y el desarrollo de los otros sentidos en los tesoros artísticos que las sociedades modernas encierran en museos y universidades, para ocultarnos a la vista de los profanos. La tragedia del hombre moderno, que aspira elevarse, independizarse y actuar por propia iniciativa, tropieza con tales murallas, dentro de las que se oculta la sabiduría, que exige fuerzas inauditas para escalarlas. Miguel Hernández se debe a sí mismo en su formación espiritual y la tenacidad que puso en ello, resultó de su firme carácter. Circunstancias particulares ante un estado de violencias, en el que la fuerza ahoga en sangre la razón e impone su voluntad a tiros, ahogó en una mazmorra española el cuerpo enjuto, acallando así la voz humana de un alma grande que a través del verso expresó en melodías las emociones de una generación, en más refinado tormento que su amigo García Lorca.

Hombre delicado, de modales sencillos, dentro de su humildad tan característica en el poeta, llevaba a espaldas el triunfo de su muerte, en un estado de melancolía que le remachaba a la historia, sin poder cambiar el rumbo de la tragedia. Esa angustia del pasado le había tornado líricamente sentimental. Formada en la escuela clásica de la literatura española romántica hasta en las mínimas descripciones, sus primeros ensayos poéticos pueden estimarse como reliquias. Las estrofas de menor vuelo, que datan de la tercera década del siglo denuncian ya una figura de contornos singularísimos dentro de la poesía española contemporánea y tan así que las publicaciones literarias de mayor prestigio las reproducen por la novedad que encierran con su gran contenido humano. Pronto su nombre será repetido y estimado con cariño y el fugaz triunfo que truncó su temprana desaparición le colocaría entre los cinceladores del soneto castellano, como uno de sus cultores más delicados de este género poético con que cuenta nuestra lengua.

Educador de sí mismo, asimiló hasta en sus últimas gotas el sabor del verso y supo encontrar en su jugo la frescura y lozanía que eternizó a Góngora y elevó a la gloria a Garcilaso y el Arcipreste de Hita. De ellos recibió la riqueza creadora de un lirismo que las generaciones admiran como modelos de ternura. Estas condiciones intelectuales de que se había nutrido a través de ininterrumpidas lecturas, de las que sacaría tanto provecho íntimo, formaron su vigorosa personalidad que le situaría como una de las figuras de mayor aliento de su promoción literaria. Por su fondo de humanidad y la limpieza de su verso, la poesía contemporánea de aquella generación española, que ya impuso su sello personal como la más singular en lengua latina de los últimos tiempos, veía en él al poeta destinado a cantar la gesta heroica de un pueblo resueltamente decidido a incorporarse a los más altos destinos de la civilización. La influencia de su verso y la conducta del hombre que se confunde en poesía, dió origen a una renovación espiritual en conceptos y sentimientos. De aquella generación arranca el crédito adquirido por la literatura moderna española, con valores de positiva elocuencia y sensibilidad que la caracteriza con rasgos propios. Desde entonces el destino trágicamente sangriento que envolvió las aspiraciones de todo un pueblo, aquel movi-

miento no ha podido repetirse en suelo ibérico. Sus animadores corrieron la suerte más distinta desde el fusilamiento, hasta la consunción en las cárceles o tuvieron que seguir el camino del destierro a donde llevaron las armonías de su luminosa imaginación. Desde entonces aquel ciclo llenado por una juventud que prometía un segundo siglo de oro para la literatura castellana, quedó truncado. Con él desapareció el entusiasmo y la fuerza avasalladora de contenido artístico, cuyos destellos en lejanas tierras resisten la violencia de las privaciones.

Miguel Hernández había contraído el compromiso de reivindicar, con su generación, lo artificioso de la poesía española del último siglo. Hijo de su tiempo, como discípulo de sí mismo, encontró en la piedad los brazos afectuosos extendidos a los confines para cerrarse temblorosos en la recogida paz de los campos donde el hombre, inclinado sobre la herramienta dialoga con la débil semilla. Y donde el fruto eburneo desde entonces piensa en aparecer con las riquezas de la abundancia que es fortuna del espíritu humano. El ha visto en la vida incesante de la tierra que cultiva «un olor a madre que enamora, mientras la azada mía el aire dora y el regazo le deja pechiabierto. Debajo de mis pies siento un abrazo, que espera francamente que me vaya a él, dejando estos ojos que dan pena echándose a su «regazo íntimo y amoroso» donde halla tanta delicadeza la azucena y donde la mariposa y la abeja durmieron larga jornada.

De su riqueza, como continuador de tan bella tradición entre sus contemporáneos, dice la elegía a su querido amigo Sijé: «Yo quiero ser llorando el hortelano de la tierra que ocupas y estercolas, compañero del alma, tan temprano. Alimentando lluvias, caracolas y órganos mi dolor sin instrumento, a las desalentadas amapolas daré tu corazón por alimento. Tanto dolor se agrupa en mi costado, que por doler me duele hasta el aliento. Un manotazo duro, un golpe helado, un hachazo invisible y homicida, un empujón brutal te ha derribado. No hay extensión más grande que mi herida, lloro mi desventura y sus conjuntos y siento más tu muerte que la mía. Ando sobre rastros de difuntos, y sin calor de nadie y sin consuelo voy de mi corazón a mis asuntos. Temprano levantó la muerte el vuelo, temprano madrugó la madrugada, temprano estás rodando por el suelo. No perdono a la muerte enamorada, no perdono a la vida desatenta, no perdono a la tierra ni a la nada. En mis manos levanto una tormenta de piedras, rayos y hachas estridentes sedienta de catástrofes y hambrienta. Quiero escarbar la tierra con los dientes, quiero apartar la tierra parte a parte a dentelladas secas y calientes. Quiero minar la tierra hasta encontrarte y besar la noble calavera y desamordazarte y regresarte. Volverás a mi huerto y a mi higuera: por los altos andamios de las flores pajareará tu alma colmenera de angelicales ceras y labores. Volverás al arrullo de las rejas de los enamorados labradores. Alegrará la sombra de mis cejas, y tu sangre se irán a cada lado disputando tu novia y las abejas. Tu corazón ya terciopelo ajado, llama a un campo de almendras espumosas mi avariciosa voz de enamorado. A las aladas almas de las rosas del almendro de nata te quiero, que tenemos que hablar de muchas cosas, compañero del alma, compañero».

Obsérvase dentro de la modalidad particular de esta composición, aparte de la singularidad que la caracteriza dentro del poema moderno, un amargo fondo de tristeza que condice con su temperamento poético, y un sentimiento lírico que, por su contenido humano, se distingue de sus contemporáneos. El motivo, bien sencillamente, está henchido de emoción, sin retórica, con esa modestia que trasunta del poema. Probablemente sea aquí donde Miguel Hernández encontró su máxima inspiración, aun cuando los temas que le sirvan de marco expresivo sean comunes todos ellos entre sí. Su estilo sobrio y armonioso, delicadamente sensible, como que es el huerto, la novia y la azucena quienes le arrancan

las estrofas más íntimas, le sumergen en el mar vaporoso de su mundo poético. Cantor del surco y la semilla, de la lluvia y la dulce mies en sazón, el mismo habría de confesar con su melancolía que es un «enterrado vivo» por el llanto, una revolución dentro de un hueso, un rayo soy sujeto a una redoma», que en tales afanes se va agotando, agoniado por el peso del idealismo.

Esa preocupación le sobrecoge y a ella se somete, temeroso de no poder salir de sus brazos tentaculares que le aprisionan cual tenazas tasmañas. Sin atreverse a dar un salto para salvar la muralla, la idea de la muerte predomina en él con el peso de todos los siglos. Cansado de una lucha sorda que lleva en la sangre, como herencia telúrica, en un leve desencanto dirá que «fatiga tanto andar sobre la arena descorazonadora de un desierto, tanto vivir en la ciudad de un puerto si el corazón de barcos no se llena. Angustia tanto el son de la sirena oído siempre en un anclado huerto, tanto la campana da por el muerto que en el otoño y en la sangre suena «que se siente» perseguido por la sombra del último desencanto», con una pena profunda que le sale al encuentro. Y «ni a sol ni a sombra vivo en sosiego». Con pena en la paz y en la batalla, umbrío casi bruno, con cardos por corona, le azuzan sus leopardos y se considera más apenado que ninguno, en el perfil de la tierra, sobre «el cielo raso donde un arado en paz descansa», con sus huesos hechos a los dolores, con «serenidad de sufrimiento» ni fragilidad «alrededor del llanto».

«¡Cuanto penar para morir uno!», contemplando como «por una senda van los hortelanos, que es la sagrada hora del regreso, con la sangre injuriada por el peso de inviernos, primaveras y veranos. Vienen de los esfuerzos sobrehumanos y van a la canción, y van al beso, y van dejando por el aire impreso un olor de herramientas y de manos. Por otra senda yo, por otra senda que no conduce al beso aunque es la hora, sino que merodea sin destino», yéndose la mala virtud que lo rodea, con su «juventud como la luna a la aldea». Así espere, en este universo nebuloso de la existencia, su emoción angustiada observando cómo pasa el amor «romero, grama juncia: ven que romero y grama son mi asedio y la juncia mi límite y mi amparo. A tu boca, tan breve se pronuncia, se le va a derramar lo menos medio beso que a tu risa le preparo.

Olvidándose de sí mismo y de sus quebrantos, extiende la mirada y prorrumpe en elegías a sus semejantes. «Tú no eres tú, mi hermano campesino; tú eres nadie y tu ira, facultada de manejables arcos acerados. A tu manera faltas sosegada, a tu amor y destino, veterana asistencia de los prados. Pides la expropiación de la sonrisa y la emancipación de la corriente ¡lo imposible! del río. Dejas manca en los árboles la brisa, al ave sin reposo ni morada, con el hacha y el brío. Inficionado de ambición, malgastas fraternales carmines, buscas el bienestar con malestares. Bate las tierras hermosuras vastas de los verdes lugares, a bocados, tu hazada temerosa. Tu puño los viñedos ya no ordeña, y el visco de su leche se derrama. ¡Recien nacer en estas malas brisas que corren por el viento dando lo puro y lo mejor por nulos! ¡Volver al apasionamiento de los rulos! Sentir a las espaldas el pellejo, el latir de las vides, el reflejo de la vida del vino y la palpitación de los tractores», le dice con unción. Apídate. «Adámate de amor por tus labores. El encanto del campo está seguro. En nombre de la espiga te conjuro: ¡siembra el nan con esmero! Día vendrá en un cercano venidero en que revaloriza esperanza, buscando la alianza del cielo, y no la guerra. ¡Tierra de promisión y de bonanza volverá a ser la tierra!»

«El sorprendente muchacho de Orihuela», como le denominara Juan Ramón Jiménez, consigue aquí expresar cuánto de profundo tiene su obra poética, al darse así, con tal facilidad técnica, en todo cuanto entendemos por técnica de la poesía moderna, que no han conseguido sino parcialmente algunos de sus contemporáneos. Con esa facilidad tan suya ha logrado méritos brillantes, provocando esa belleza que llevó

improvisadamente, en forma inesperada, tal vez insensata, pero mas pletórica de auténtica vida. Esa pasmosa facilidad no siempre se traduce en éxito permanente en poetas jóvenes. Producto de un suelo ubérrimo y propicio al brazo del hombre como es lea huerta levantina, donde el verdor tiene tonalidades de morería, la obra de Miguel Hernández ha adquirido nobleza de forma y contenido. Su sensibilidad no puede conceptuarse como cursilería, sino como fuerza silvestre; su exuberancia nos presenta un hombre frente a un paisaje brusco y escueto, pero no obstante profundamente tierno.

En arranque de poeta verdadero, su estro de versificador tremendo consigue versos, empleando tan sólo sílabas y acentos, como creaciones de un sonámbulo. Y sin retórica ni ampulosidad nos magnifica al agua y el sudor, producto del trabajo, en esa noble dignidad que «En el mar halla el agua su paraíso ansiado y el sudor su horizonte, su fragor, su plumaje. El sudor es un árbol desbordante y salado, en voraz oleaje. Cuando los campesinos van por la madrugada a favor de la estepa removiendo el reposo, se visten una blusa silenciosa y dorada de sudor silencioso». La mentira hermosa «la belleza delirante, el adorno esencial, la embriaguez, el embuste poético, son cualidades morunas que los andaluces y levantinos están obligados a no falsear ni perder nunca, porque son su fuerza, su profundidad, su metafísica». En Miguel Hernández todas estas acepciones representan sensualidad y lujurante apetito por las cosas, sin fugacidad y con encanto y alegría terrenales, con materialidad de carne y pulpa.

«En el sabor del tiempo queda escrito» en palabras como en mármoles y en el tiempo ese vigor tan íntimo de la poesía moderna que encuentra en Juan Ramón Jiménez un cultor de intensa potencialidad, sin confusión ni equivocación. Obra artística de sana fortaleza puede catalogarse la poesía de Miguel Hernández, delicada y expresiva, viril y esencialmente humanística. «Un día iré a la sombra de tu pelo lejano», dice en la canción del esposo soldado, evocando en tono tierno y con aire misterioso, con su pasión tan sin vanidad y tan emotiva que «tu corazón y el mío naufragarán, quedando una mujer y un hombre gestados por los besos». Dentro «de tan difícil y cerrado recinto del arte, fué la poesía la que mejor cumplía con su misión mientras sonaba en todo el espacio español la dura voz de la guerra, que ha escrito tantas páginas de relieve hoy incluidas en todas las antologías modernas del mundo entero, por su emoción cávida, su sentimiento altruista, su incomparable reventar de futuro como ni en la literatura rusa tenemos ejemplos similares.

La pesadumbre que arrastraba sobre su vida tormentosa, llena de preocupaciones pesimistas, experimentó un vuelco total al producirse aquella gesta liberadora que aun permanece en crisol. Cual movido por un resorte, se operó bruscamente en Miguel Hernández un renacer, sintiéndose otro hombre y otro poeta. Ante un pueblo cargado de emociones que estalló en esperanzas, también Miguel Hernández abrió los ojos al mundo, a la vida, al futuro. Rompiendo las cadenas de un pasado secular que le aprisionaban, el pueblo se encontró dueño de sus propios destinos, con la victoria en sus manos en afán de eternizarla. El poeta, haciendo abstracción de cuanto había escrito, revienta en un lirismo nuevo, con otro vigor más recio. Sus estrofas resuenan en el ámbito nacional y es la generación del futuro la que alimenta ese fuego vivificante de una fuerza redentora que se planta insu-misa en los planos del mundo.

Miguel Hernández es uno de los poetas que más plenamente ha vivido el peligro y la intemperie de la guerra. Conoce todo su alcance trágico y también la gozosidad de sufrir por causa tan noble. Sus poemas de entonces tienen fatalmente los rasgos, signos y gritos auténticos propios de aquella hora. Es por eso que el brutal vencedor no ha tenido la magnanimidad de disculpar al poeta. Por el contrario.

hincó sus colmillos en las flácidas carnes del incorregible soñador y con morbosidad clínica observaba cómo paulatinamente iba cediendo su organismo, minado por el virus y el hombre. Una civilización que mata poetas, es abominable: un régimen que teme a la poesía representa la institución más cruel conocida en los anales de la historia de la humanidad.

Asociado por afinidad espiritual con los poetas de las tres a, Alberti, Aleixander y Altolaguirre, al calor de Antonio Machado, Serrano Plaja, León Felipe y Juan Ramón Jiménez, Miguel Hernández contribuyó al renacimiento de aquel núcleo que antes había contado en García Lorca un valor de condiciones excepcionales. La obra desarrollada por ese conjunto de poetas, ampliado posteriormente con el concurso de escritores, profesores y pintores, marcó un período singular en las letras castellanas. El viejo romance de amplia tradición española desde los primeros tiempos de su historia, apareció reverdecido con nuevos retoños, todos ellos dignos de encerrarse en las más delicadas antologías. Tan fácil de amoldarse a los motivos más variados, desde Emilio Prados hasta Antonio Machado todos han cultivado el romance para cantar la magnificencia de aquel acontecimiento, y con superioridad de perfección y altos relieves poéticos. En este género se han expresado todas las emociones que la contienda arrancaba. Y desde los campos donde la espiga doblaba su cerviz en reverencial saludo a los heroicos combatientes, y desde los olivares andaluces rebosantes de la bellota verde que presentará la riqueza mayor de un pueblo volcánico que abría sus alas al mundo, y desde el dulce oro del levante y las velas a todo viento de los barcos pesqueros que bordean el mediterráneo, el atlántico y el cantábrico, el romance salió de las trincheras para llevar la buena nueva de un mundo nuevo que aparecía a la faz del universo con una melodía extraña desconocida para la cultura europea y una potencialidad ejemplar, en versos cual otros no conocen los tiempos modernos.

Engolfado enteramente en aquella vorágine, lo artificioso y metafísico de la poesía, como la construcción obligada a formas de contenido netamente simbolista, adquirió vida corpórea frente a las bondades immanentes de un pueblo que hervía en hacer conocer sus verdades, sus dolores, sus emociones y preocupaciones acumuladas durante muchos siglos. Sin ocasión de expresar sus penas ni alegrías, aquel hecho singular presentaba ocasión para proyectarse hacia el futuro y gritar su verdad en pos de su libertad. El arte cumplió su misión en aquella oportunidad, con honradez y nobleza, con verdadera emoción y unción de obra terminada. Miguel Hernández fué así un miliciano más de vientos, auroras y horizontes.

En aquel «ardiente amanecer del mundo», cuando la tierra manaba sangre y el cuerpo desgarrado se resistía a morir y los labios sonreían ante la desventura porque el mañana cierto ofrecía al alba los más vivos resplandores, el poeta deja en libertad la imaginación para que lleve su canto a todos los confines del horizonte. Ahora es Sevilla, la capital andaluza que mira al desierto, la que le arranca sentidas estrofas, «amorosa ciudad la ciudad más esbelta que encima de una torre» lleva su nombre puesto. «Dolor a rienda suelta: la ciudad de cristal se empañía, cruje. Un tormentoso toro da una vuelta y al horizonte y al silencio, y muge. La ciudad que viviera bajo una cabellera de mujer soleada, sobre una perfumada cabellera, la ciudad cristalina ya pisoteada», donde la bota «hunde su marca en el jazmín ligero y pesa sobre el naranjo aleteante; y pesa y hunde su talón grosero un general de vino desgarrado, de lengua pegajosa y vacilante, de bigotes de alambre groseramente astado. Mirad, oíd: mordiscos en las rejas, cepos contra las manos, horrores relucientes por las cejas, luto en las azoteas, muerte en los sevillanos. Cólera contenida por los gestos, carne despedazada ante la sogá, y lágrimas ocultas entre los tiestos, en las roncacas guitarras donde un pueblo se ahoga», son la nota más alta

del instante en que la contienda adquiere contornos más álgidos.

«Un clamor de oprimidos, de huesos que exaspera la cadena, de tendones talados, demolidos por un cuchillo siervo de una fiera. Se nubló la azucena, la airosa maravilla: patibulos y cárceles degüellan los gemidos, la juventud el aire de Sevilla. Amordazado el ruiseñor, desierto el arrayán, el día deshonrado, tembloroso el cancel, el patio muerto y el surtidor, en medio, degollado». Así era entonces, de penumbra, lo que antes fuera claridad radiante y alegría contagiosa. «Mantillas mustias, mustias porcelanas violadas a la orilla de la fosa».

«Con angustia y claveles oprime sus ventanas la población de abril. La cal se altera eclipsada con rojo zumo humano. Guadalquivir, Guadalquivir, espera: ¡no te lleves a tanto sevillano!, porque uncido al yugo de la esclavitud va el «buey sombrío; en la ciudad de mayo sólo hay grises inviernos, en la ciudad del río sólo hay podrida sangre que resbala: sólo hay innobles cuernos en la ciudad del ala. Espadas impotentes y borrachas, junto a bueyes borrachos, se arrastran por la eterna ciudad de las muchachas, por la airosa ciudad de los muchachos», que se queda sin cantares, sin malvones y sin río y sin el abierto optimismo que puso mieles y hermosura en la gracia andaluza.

«Yo te veré: vendré desde Castilla, vengo desde la tierra castellana, llevo a la Andalucía olivarera, llamado por la sangre sevillana fundida ya en claveles por esta primavera. Vengo con una ráfaga guerrera, de jinetes y potros populares, que están cavando al monstruo la agonía entre cortijos, torres y olivares». Y en Juramento de la Alegría, tomando como centro el mismo tema que roba las imaginaciones y hace olvidar el día y la noche «donde» una historia de polvo se deshoja» e irrumpe «un sol unánime, batiente», añade que «es un pleno de abril, una primavera caballería, que inunda de galopes los perfiles de España: es el ejército del sol de la alegría. Desaparece la tristeza, el día devorador, el marchitado tallo, cuando avasalladora llamarada, galopa la agria en un caballo igual que una bandera desbocado. A su paso se paran los relojes, las abejas, los niños se alborotan, los vientos son más fértiles, más profundas las trojes, saltan las piedras, los lagartos trotan. Se hacen las carreteras de diamantes, el horizonte lo perturban mieses y otras visiones relampagueantes, y se sienten felices los cipreses. Avanza la alegría derrumbando montañas y las bocas avanzan como escudos. Se levanta la risa, se caen las telarañas ante el chorro potente de los dientes desnudos. La agria es un huerto del corazón con mares que a los hombres invaden los rugidos, que a las mujeres muerden los collares y a la piel de relámpagos transidos».

Y luego de esta simbólica descripción, ten reventona en imágenes plásticas, termina con estas estrofas virgílicas: «Alegrías por fin los carcomidos, los desplomados bajo la tristeza: salid de los vivientes ataúdes, sacad de entre las piernas la cabeza, caed en la alegría como grandes taludes. Alegres animales, la cabra, el gamo, el potro, las yeguas, se desposan delante de los hombres contentos. Y parecen las mujeres lanzando carcajadas, desplegando en su carne firmamentos. Todo son jubilosos juramentos. Cigarras, viñas, gallos incendiados, los árboles del sur: naranjos y nopales, higueras y palmeras y granados, y encima el mediodía curtiendo cereales. Se despedaza el agua en los zarzales: las lágrimas no arrasan, no duelen las espinas ni las flechas. Y se grita ¡Salud! a todos los que pasan con la boca anegada de cosechas. Tiene el mundo otra cara. Se acerca lo remoto en una muchedumbre de bocas y de brazos. Se ve la muerte como un mueble roto, como una blanca silla hecha pedazos. Salí del llanto, me encontré en España, en una plaza de hombres de fuego imperativo. Supe que la tristeza corrompe, enturbia, daña... Me alegré seriamente lo mismo que el olivo».

El mismo confiesa que ha salido de la noche del oscurantismo, que ha roto con el pasado y que otro poeta con distintos acentos y tonalidades aparece en el firmamento de la lengua castellana, que «llega desde la edad del mundo más remota a ofrecer a la tierra su copa sacudida, a sustentar la sed y la sal gota a gota, a iluminar la vida. Hijo del movimiento, primo del sol, hermano de la lágrima, deja rodando por las eras, del abril al octubre, del invierno al verano, áureas enredaderas» que canta «el sabor de la tierra que se enriquece y madura, de la que caen «los copos del llanto laborioso y oliente, maná de los varones y de la agricultura, bebida de mi frente». Y se dirige a los yertos en el «ocio sin brazos, sin música, sin poros» que no usarán la corona de los poros abiertos, que vivirán maloliento y «moriréis apagados», pues que la «encendida hermosura reside en los talones de los cuerpos que mueven sus miembros trabajados como constelaciones. Entregad al trabajo, compañeros, las frentes: que el sudor, con su espada de sabrosos cristales, con sus lentos diluvios, os hará transparentes, venturosos, iguales».

Detenido el curso del sol en esta alborada de gloria, la poesía reapareció lozana como para asistir a las fiestas del mundo. Miguel Hernández ocupa un lugar preponderante entre los componentes de su generación, tanto por su ascendente lírico como por la permanencia evolutiva de sus concepciones. Radicado en la tierra, aquí construyó su mundo al contacto con los hombres y sus preocupaicones. Simbolista por excelencia, supo arrancar de las teorías poéticas toda la intimidad melódica, con esa fuerza expresiva que atraviesa los poros y se confunde con la sangre. Individualista siempre, su poesía nos pone en contacto con el alma, provocando el reencuentro de nosotros mismos. En ese diálogo permanente descubrimos la hondura de su verso, cuyas raíces taladran la dura roca de la conciencia para llevar allí la savia divina que le hará más sensible y más tierna.

«Sentado sobre los muertos que se han callado en dos meses, beso zapatos vacíos y empuño rabiosamente la mano del corazón y el alma que lo mantiene. Que mi voz suba a los montes y baje a la tierra y truene, eso pide mi garganta desde ahora y desde siempre. Acércate a mi clamor, pueblo de mi misma leche, árbol que con tus raíces encarcelado me tienes, que aquí estoy yo para amarte y estoy para defenderte con la sangre y con la boca como dos fusiles fieles. Si yo salí de la tierra, si yo he nacido de un vientre desdichado y con pobreza, no fué sino para hacerme ruiseñor de las desdichas, eco de la mala suerte, y cantar y repetir a quien escucharme debe cuanto a penas, cuanto a pobres, cuanto a tierra se refiere. Ayer amaneció el pueblo desnudo y sin qué ponerse, hambriento y sin qué comer, y el día de hoy amanece justamente aborrecado y sangriento justamente. En su mano los fusiles leones quieren volverse para acabar con las fieras que lo han sido tantas veces. Aunque le falten las armas, pueblo de cien mil poderes, no desfallezcan tus huesos, castiga a quien te malhiere mientras que te queden puños, uñas, saliva, y te queden corazón, entrañas, tripas, cosas de varón y dientes. Bravo como el viento bravo, leve como el aire leve, asesina al que asesina, aborrece al que aborrece la paz de tu corazón y el vientre de tus mujeres. No te hieran por la espalda, vive cara a cara y muere con el pecho ante las balas, ancho como las paredes. Canto con la voz de luto, pueblo de mí, por tus héroes: tus ansias como las mías, tus desventuras que tienen del mismo metal el llanto, las penas del mismo temple, y de la misma manera tu pensamiento y mi frente, tu corazón y mi sangre, tu dolor y mis laureles. Antemuro de la nada esta vida me parece. Aquí estoy para vivir mientras el alma me suene, y aquí estoy para morir, cuando la hora me llegue, en los veneros del pueblo desde ahora y desde siempre. ¡Varios tragos es la vida y un solo trago es la muerte! Pero «Si un día muero que me muera con la cabeza bien alta. Muerto y

EL ROBLE FORAL



LOS hijos de la Naturaleza cargan sangre de su mamá; estiranse con la fibra de su inmortal textil; y caracteriza ése, como ningún otro signo, a la entraña en que tomaron mortal carne, y a los pechos que los criaron y les dieron su leche.

Así la albahaca morisca resume el olor penetrante y de dama de las yerbas españolas; y el clavel y el jazmín como nardo, el aroma misterioso y la faz nácaro-ebúrnea de nuestras flores. La naranja condensa en sus gajos lo abrasivo y lo extravasivo del mismo corazón de oro ibérico.

Y bien. En esta plasmorrea vegetal y botánica la representación parlamentaria de lo nacional arquetípico—nuestro temple roquero—la ostenta el roble por derecho propio.

El roble es por esencia, presencia, potencia y potencia, nuestro árbol institucional y foral.

A su sombra juzgó a la pata la llana nuestro patriarcado; sesionaron en tenida masona y mesona nuestros Concejos; fraguóse en Sobrarbe una Reconquista, que debió dirigirse hacia dentro, contra el conquistador de profesión y contra el tiros lar-

veinte veces muerto la boca contra la grama, tendré apretados los dientes y decidida la baba. Cantando espero a la muerte, que hay ruiseñores que cantan encima de los fusiles y en medio de las batallas. Me voy a cumplir los años al fuego que me requiere, y si resuene mi hora antes de los doce meses lo cumpliré bajo tierra. Yo trato de que me queden una memoria de sol y un sonido de valiente. La muerte junto al fusil antes que se nos destierre, antes que se nos escupa, antes que se nos afrente».

Miguel Hernández supo conjugar el modernismo con el clasicismo. En esta combinación de estilos expresó poéticamente sus sentimientos. Dejándose llevar por el ímpetu ardoroso de su inspiración, encontró en el alma del hombre los motivos inmanentes de la eternidad, en esta frágil figura humana, laboratorio de tantas vicisitudes como inquietudes, devolviendo las emociones a su cauce de origen con una música propia y en melodías distintas. A la tristeza de los primeros tiempos, por vía de evolución, ascendió a las alturas, desde donde descubrió el camino errado desde los años de la juventud, profundamente pesimista y decididamente nostálgico.

Agotado por el rudo combate que los pocos años de vida hicieron siglos, su poesía tiene el rasgo inconfundible de la particularidad. Y seguramente hubiera adquirido en la madurez la gloria de eternizarse en el tiempo y en el espacio, si circunstancias aciagas, terriblemente trágicas, no arrancaran en edad temprana la lengua y mutilaran el cuerpo del poeta, eliminándolo de la vida entre los hombres, sus hermanos, por el imperdonable delito de hacer versos y pensar en poesía que los dioses inspiraron con el soplo divino del arte.

CAMPIO CARPIO

gos; empolláronse nuestras Constituciones y nuestras cartas-pueblas.

El roble de Guernica vigila como un centinela nunca dormilón, hace siglos, la libertad y el Códex autonómico de los vascos.

Ribagorza—ripacurcia, ripa quercuum—significa cuenca del alcornoque, ribera de las carracas y los cajigos, sin mezcla de alcornoque.

A Extramadura, el robledal y el encinar—dos dioscuros—dos hermanos gemelos—le alimentan su ganado de engorde, sus piaras de oceanidas, incluso de Guadalupe.

Rioja, Jerez, la Mancha, el Priorato, Cariñena, Jumilla, Toro y otras dehesas viñales, añejan sus cornúpetos en encubadoras robleñas.

El roble, amor del risco exasperado y ceñudo, habita soleras secas y frías. En lo blandengue no se cuaja una fortitud, que mella las hachas y desdenta al serrucho, de muelas de calmán.

Los terrenos húmedos ahorcarían con sus yedras al roble en la cuna, si no fuera un Hércules. Los valles brumosos lo atacan en vano con tiñas y con oidios.

El soberbio castaño gallego, el rubio boj pirinámico, la frondosa haya omnimontanal, aman también los conglomerados graníticos y las abruptas vertientes.

Pero, el poblador primigenio y como la patricia barba de nuestra faz telúrica, es sin disputa el roble.

Sobre sus incorruptibles ballestas, vuela enhebrado de través y con desalamiento el ferrocarril. Bajo arcos de su madera de hierro, pasan de ojo al puente los cantarines ríos.

Sus vigas que no roe la carcoma, aguantan la techumbre de nuestras casas labriás. Y sus cuadernas hacen como de tapa de libro a la entrada casi siempre en franquía de nuestros patios menos artísticos. Las arcas, los sillones, los armarios, las camas que su veta nos suministra, amueblan severamente nuestro lar campiro.

El fuego de su leña calienta el nevero de nuestra cocina montañarda y hace hervir el clásico cocido en el barro faraón—gipso y calé—de nuestra pucherambre: hambre de puches a manta.

Su poblana seriedad y su paisana honradez es el alma misma del home celtibero; fundi-tallado en su bronce como una escultura, como algo que reta al malvado poder destructor de los siglos retrógrados.

Hasta el estiércol del roble es una confitura, que halaga al paladar del gourmet con esa delicadeza que se llama rovellón.

Y de sus tremendas estacas está construido el costillar, la armadura y la cimbra imperecibles, de la Hispano-americanidad, que no es de cartón, marcha de Cádiz, fiesta de la Raza y demás chinchines de chinchines sin chinchulines, sustancia, ni «na».

Angel SAMBLANCAT

/// /// LAS DOS FOTOS /// ///



LACIAME en las bochornosas tardes veraniegas de asueto, abandonar el lecho que me incitaba a la siesta, la prometedora lectura de un libro o la curiosidad de una emisión radiofónica, para ambular por las empinadas callejuelas del pueblo donde vacaba, deteniéndome, ya en casa de «o ferrero» cuya hija tenía ojos capaces de alumbrar la fragua pater-na, ya en «ca Maravillas» donde la bella muchacha me entregaba sus confidencias en relatos deshilvanados y sencillos que tenían siempre el mismo tema: la injusticia de que su hermano mayor heredase toda la hacienda de sus padres, que era de las mayores del lugar.

Otras veces la costumbre que siempre he tenido de golosmear llevábame a la prensa de Martiné. En un rincón del encalado patio, apoyándose en el muro como para sostener su vejez, se encontraba rugosa y agrietada la vieja prensa de carrasca, rezumando el vino de cien vendimias y gimiendo cuando tres o cuatro hombres forzábanla a exprimir hasta la última gota, ante las protestas de Martiné que tenía por su integridad. El mosto caía en las cubas con su ruidillo cantarino y los rayos de sol ponían en él una transparencia sonrosada. Cada una de mis visitas a la prensa me proporcionaba un rato de charla agradable con los campesinos que venían a traer sus uvas e invariablemente, tanto si les ayudaba en las faenas como en otro caso, una buena cantidad del almibarado líquido.

Pero mi asiduidad se dirigía principalmente a casa de Lorenzo. Allí, en el estrecho zaguán, había observado como mientras consumía un cigarrillo, tanteaba con sus dedos de artesano una vieja cartulina. El cigarrillo extinto, guardaba cuidadosamente el cartoncito y nuevamente reanudaba el trabajo con redobladas fuerzas. Admiraba yo su habilidad en el manejo de la tela, del esparto y en ocasiones del cáñamo para fabricar las alpargatas que usaba el pueblo entero y todavía lo admiraba más porque sus ojos estaban ciegos.

— Dígame, señor Lorenzo, ¿Qué es esa cartulina que siempre lleva en el bolsillo?

— Es una foto.

— ¿De su madre?

— No.

— De su mujer no será porque usted no está casado...

— No, no estoy casado.

— ¿Pues de quién es?

— Bueno, peque, deja la foto tranquila y no te metas en camisa de once varas.

— Señor Lorenzo, no se habrá usted enfadado por tan poca cosa, me figuro.

— No me he enfadado pero no me gusta que me hablen de eso.

— Pues si un amigo no puede hacerle una pregunta, no sé que clase de amigos podrá tener usted.

Corría por el zaguán un soplo de aire casi imperceptible. Por un lado del pasillo se apercibía un montón de estiércol en el que picoteaban unas ga-

llinas y la entreabierta puerta de la corte enseñaba la ausencia del inquilino que se revolcaba gruñendo en lo más sucio del patio. Por el otro lado, la puerta de la calle traía de vez en cuando el pesado golpeteo de los cascotes de los mulos en el irregular empedrado y dejaba ver a veces el paso cansino de las bestias azuzadas por el gañán de sudorosa camisa y balanceando acompasadamente las cestas, atiborradas del jugoso fruto y perseguidas por mil bandadas de moscas y avispa para quienes resultaba inútil la más nutrida cola.

Tras unos segundos de silencio, habló el ciego.

— Bueno, chaval. Voy a contarte la historia. Al fin y al cabo tú no eres del pueblo y pronto tendrás que volver a tu casa. La foto es de mi mujer. Ya sé que me vas a decir que no estoy casado; es cierto; pero lo estuve antes. Entonces no era ciego, ni vivía en este pueblo. Me llevé a la zagala más guapa del lugar. Todos los mozos la deseaban y todas las mozas tenían envidia de ella. Tú eres muy joven y no podrás comprender todo lo feliz que fué mi vida en aquellos tiempos. Aun ahora me extraño de poder vivir sin ella.

— ¿Es que se ha muerto?

— Calla. No interrumpas. Cuando hacía un mes que estábamos casados empezó la guerra y a mí me llamaron el primer día. No es necesario que te diga con qué ímpetu combatí. Me parecía que todos mis esfuerzos tendían a hacer más corta la guerra y que era mi mujer lo que defendía con mis fatigas. Luché con pasión, con fé, contra un enemigo a quien hacía responsable de mantenerme alejado de su lado. Con ese fanatismo de los que creen que las guerras sirven para algo útil. Me había jugado la vida mil veces y nunca había sufrido el más leve rasguño, cuando se me concedió un permiso. Volví a encontrarla con la fiebre que tan larga ausencia había hecho nacer en mí, y durante aquel permiso... de una forma completamente idiota, como suceden siempre estas cosas, tuvimos que sufrir un tremendo bombardeo que lanzaba las casas de adobes de mi pueblo al aire como chispas perrosas de hoguera infernal. Allí quedó ella, allí dejé yo la luz de mis ojos y ahora trabajo sin ilusión para poder vivir. Soy un viejo aun siendo joven porque vivo de recuerdos. El porvenir no me interesa. Mis ojos miran atrás; sólo ven la hora en que se paró su vida...

— ¿Alguna ilusión tendrá, de lo contrario no trabajaría.

— ¿Qué remedio? Debo trabajar. Estuve con los vencidos y ya sabes que la razón está siempre con los vencedores, que es la mayor monstruosidad de las guerras. Ahora, me permiten vivir como de regalo... pero sí tengo una ilusión; la ilusión de la fotografía. Si no la tuviese no merecería la pena vivir y aunque ciego continué viéndola tan claramente como si tuviese vista. Podría darte todos los detalles. Es como si tuviese otra foto dentro de mí pero exactamente igual a esa.

— ¿Me la quiere dejar ver?

— Te la dejo. No olvides que eres la única persona a quien se la voy a enseñar desde que me la

FIGURAS LIBERTARIAS DE LA LUMINOSA HELENIA

CENON DE CITTIUM



En la cortés polémica entre Emilio Armand, veterano anarquista y la figura más representativa de la corriente individualista del acratismo desde la desaparición de Benjamín R. Tucker (1938), y A. Sergent y C. Harmel, noveles autores del primer tomo de «La Historia de la Anarquía» (Ed. Le Portulan), sobre si la historiografía libertaria debe o no debe abarcar la antigüedad, el nombre de Zenón de Cittium ha vuelto a actualizarse.

Armand defiende la tesis histórica de Max Nettlau. El Herodoto de la Anarquía, empieza a historiar desde los albores legendarios de la humanidad y escalonando los siglos llega a nuestros tiempos. Los autores citados entienden que «hablar de un anarquismo de la antigüedad equivaldría a escribir sobre un fascismo de Calicles». Y más concisos parten de Godwin y Stirner, a través de la I Internacional, hacia nuestro siglo que ha conocido en diversos países un movimiento organizado.

Nettlau en su magistral obra «Der Vorfrühling der Anarchie» (1925) nos ofrece una rica documentación sobre ese pasado. Y en el capítulo «Zenon von Cittium, der Stoikers und der Naturrecht», resumiendo al profesor G. Adler, escribe que «las deducciones de Zenón han desarrollado por primera vez en la historia mundial la teoría del anarquismo». (Es Nettlau quien subraya).

Louis Louvet, por su parte, en «Aux Sources de l'Anarchie», primer volumen de su «Historia Mundial del Anarquismo» se detiene en las figuras de Zenón de Cittium y Zenón de Elea.

Veamos pues quien era Zenón. De origen semita y fenicio, era oriundo de la ciudad marítima de Cittium (Chypre). Vivió según Adler hacia 342-270 antes de Cristo. A los treinta años llegó a Atenas, sin duda atraído por las especulaciones filosóficas de la sabia Grecia. Discípulo inicialmente del cínico Crates, pronto abandonó la sabiduría del Fynosargos, dedicándose a estudiar, meditar y reflexionar durante veinte años las diferentes escuelas que, en las ágoras y pórticos, enseñaban el arte individual de la conducta. Tomando el néctar de todas ellas, compuso una sabiduría que fué y es la aristocracia

trajeron a mi cama del hospital, pues con algunos objetos sin valor y alguna herramienta de la que ya no me serviría, fué todo lo que se salvó del desastre.

Y sacando cuidadosamente la cartulina me la enseñó. Por primera vez desde que lo conocía me alegré de que estuviese ciego.

—¿Qué te parece?

—Es guapísima. Con una muchacha como ella querría casarme dentro de unos años...

La fotografía, ya algo deteriorada, era una carta postal representando un hipopótamo en un paque zoológico.

del humano pensamiento. En la «stoa poikile», galería pública ateniense, decorada con hermosas pinturas, lugar retraído y solitario, evitado por las gentes a causa de las masacres allí efectuadas por el reinado de los treinta tiranos, Zenón comenzó sus disertaciones y su filosofía se denominó estoicismo, vocablo derivando de stoa. Si bien al comienzo su auditorio era muy reducido, lo que le valía las sátiras de Teofrasto, cuando decía que «su coro era muy poco numeroso», a lo que el estoico contestaba que «empero el suyo era más armonioso», poco a poco sus enseñanzas influenciaron toda una época y, sin el advenimiento del primitivo galileísmo (punto de partida del actual cristianismo oficial), hoy moral y socialmente la humanidad hallárase liberada del secular autoritarismo.

Zenón, feneció octogenario, habiendo ganado la estima y consideración de los libres espíritus de la culta Grecia.

Sofistas (cual Georgias y Sócrates), cínicos (como Antístenes, Diógenes, Crates, Hipatia, etc.), cirnaicos (Aristipo) y Epicuro y sus discípulos ofrecían ya en sus enseñanzas ese libertarismo que es la libre inquietud del hombre humanizado. Zenón con su divisa «la voluntad de armonía» esculpió la más libertaria de todas las filosofías. El estoicismo representa la reflexiva razón anteponiéndose a los ciegos e impulsivos instintos que caotizan la existencia. La voluntad armoniosa estoica ofrece un bello paralelismo con la más alta expresión del orden reclusiana.

Zenón supera los cuadros de la nacionalidad griega y postula con decisión una ciudadanía del mundo, lo que en tiempos de Alejandro, no dejaba de ser audaz (G. Adler); «...no quiere saber nada con la omnipotencia del Estado, sino que divulga la razonada armonización del hombre, que en cuanto esté inspirado por la justicia y el amor a sus semejantes, la concordia y la armonía, embellecerán la vida» (P. Barth); «mientras que Platón lo quiere alcanzar todo mediante el Estado, Zenón lo deja todo a la libertad, de manera que todas las instituciones autoritarias dejan de existir y el concepto mismo del Estado se evapora» (A. Mainz); «...tenía completa confianza en la voluntad solidaria de los hombres y dedujo de ello hermosas conclusiones libertarias» (M. Nettlau).

Según Diógenes Laercio en «Vida y obra de los filósofos más ilustres» dice que «Atenodaro, director de la biblioteca de pergaminos, expurgó los pasajes repudiados de la obra de Zenón, procedente de su juventud, en los ejemplares de la biblioteca». En «Stoicorum Veterum Fragmenta» y «Zeno et Zenonis discipuli», está toda la obra de Zenón.

Citemos antes de epilogar a la obra neoestoica de Han Ryner que en «Le Manoeuvre» describe la armoniosa acción de Zenón, alrededor de la stoa.

Zenón de Cittium, el fundador del estoicismo, fué una de las figuras más luminosas del libertarismo universal.

Francisco FRAK

Wladimiro Muñoz

UN RELATO

LA HACHE

Las letras viven en una estrecha comunidad llamada alfabeto; pero ¡hembras al fin! rabian de verse juntas y arman cada zipizape que canta el credo.

Un día el alboroto adquirió proporciones de escándalo; aquello ya podía calificarse de verdadera revolución.

Las cinco vocales, separadas de las consonantes, porque su importancia les da mayor categoría, acudieron presurosas para averiguar la causa de aquella algarabía.

—¡Eh!—gritó adelantándose y diciendo su propio nombre la segunda vocal—, basta de riña y sepamos lo que ha sucedido.

Las consonantes, que estaban vociferando e insultándose mutuamente, callaron al ver llegar a las vocales.

—¡Ah!—exclamó la primera de éstas—, va a ser necesario que no nos separemos de vosotras un solo instante si habéis de entenderos y servir para algo. En cuanto os dejamos solas, ya está armada la gresca.

—¡Oh!—dijo la cuarta vocal—, esto no puede continuar así. Debe castigarse a las culpables para que no se repita el alboroto.

La I, tiesa y rígida como siempre, asintió a lo dicho por la O; y la U, con su carácter sombrío y osco, gruñó por lo bajo.

—Ea, señoras consonantes—dijeron las dos primeras vocales—, refiéranos lo sucedido.

Las amotinadas empezaron a hablar a un tiempo, armando tal guirigay que no era posible entenderlas.

—Yo lo diré—gritaban unas.

—Nosotras lo explicaremos—, decían otras.

La autoridad de la A se impuso pronto; sentáronse las cinco vocales a manera de tribunal y restablecióse por fin la calma.

—Que hable la B, por ser la primera de las consonantes, y que nos cuente lo sucedido.

La B, humilde y dulce siempre, se inclinó como agradeciendo la preferencia con que la honraban, y dijo así:

—Señoras vocales: debo ante todo manifestar que no tiene gravedad alguna cuanto ha pasado entre nosotras, y que todo ello ha nacido de apreciaciones que pueden ser erróneas. La Ch, hija de la C y de la H, salió en defensa de ésta al oír que la K decía que la H era una letra inútil y que si no se hubiera casado con la C no serviría absolutamente para nada.

—¡Mentira!—gritó la K interrumpiendo a la oradora.

—¡Silencio!—exclamó la A—. Siempre has de ser tú la que lo niegue todo.

—Parece mentira—dijo la Q, rival eterna de la K—, que sea tan insolente una letra que no puede ser repetida.

Las consonantes soltaron la carcajada, y la A, para imponer el orden, agitó la campanilla..., la campanilla de la garganta, que es la única que agitan las letras.

Restablecióse el silencio y continuó la B:

—La H, que oyó hablar de su inutilidad, procuró defenderse; pero lo hizo en términos tan vivos que se dieron por ofendidas varias compañeras.

—Y qué clase de insultos le habían dirigido antes?—preguntó la O.

—Pues le dijeron que no servía más que de estorbo, y que lo mismo podía escribirse todo con ella que sin ella.

—Y además—dijo entonces la H—, la G, que es una insolente, me ha dicho que para probar lo poco que valgo, basta reparar que en cuanto no se da importancia a una cosa exclaman todos: ¡Llámele usted hache!

—Ge, ge—dijo socarronamente la letra aludida.

—¡Silencio!—volvió a gritar la A—. Continúe la B.

—Yo—dijo ésta, reanudando el interrumpido discurso—, creo que la H, a pesar de los insultos que ha recibido, debe dar en el acto una satisfacción a las letras ofendidas por ella.

—¡Basta!—exclamó la A—. Yo comprendo que la H se haya incomodado al oír que no servía para nada. Están en un error las que sostengan eso. Ninguna de vosotras, sin unirse a una vocal cualquiera, sirve absolutamente para nada, por lo cual debéis ser todas humildes, pero si a alguna puede disculparse la vanidad, es a la H. Esta letra representa la educación, la cultura. Es la que demuestra si la persona que escribe es o no instruida. ¡Cómo os reis todas al ver, por ejemplo, ombre escrito así, sin esa letra que consideráis inútil!

—Con H o sin H—dijo la R—, siempre será un hombre.

—Sí, pero un hombre sin educación. Basta, pues,—añadió la A levantándose—; traten todas a su compañera H con las consideraciones que se merece, y no vuelvan a producir estas escenas lamentables.

Retiráronse las vocales, y para probar que el fallo de la A les parecía justo, todas las consonantes bailaron la J.

—No me convenzo; la H es completamente inútil.

Como es natural, la R tenía que seguir erre que erre.

Miguel RAMOS CARRION

APUNTES

PARA UNA BIBLIOGRAFIA ANARQUISTA DEL JAPON

R ESENTAMOS a los compañeros del mundo una base referencial para la edificación de una Bibliografía Anarquista del Japón. Faltan detalles complementarios a cada uno de los libros o publicaciones. Es la primera aportación que nos llega, y que habremos de completar. Deseosos de presentarla cuanto antes al conocimiento de los compañeros del mundo, la ofrecemos tal cual nos ha llegado, previa traducción, sin apartar en sus Secciones correspondientes, como haremos en la presentación definitiva, los libros y los folletos de los periódicos y las revistas. París, junio del 1952.

Colección de folletos editados por la Asociación de Estudios en Común fundada por el compañero Sansiro Isikava.— 774, unabashi-cho, Setegaya-Ku, Tokio (Japón).

- «El poder de la Tierra», Cuci no Ken-i.
- «El arte del indígena», Domín Ceijicu.
- «Anarquismo y sindicalismo».
- «Resurrección de la vida primitiva» Gensi Seikacu no Fukkacu.
- «Crítica de la concepción histórica de la dialéctica materialista».
- «El evangelio de los campesinos», reedición de G. Akao (muerto en persecución).
- «La nueva época», P. Kropotkin.
- «Evolución y Revolución», E. Reclus.
- «El fracaso de la política parlamentaria», Kropotkin.
- «Estudios sobre el Anarquismo».
- «El Anarquismo como estética social».
- «El folklore moderno».

Historia del Movimiento Social en Occidente. S. Isikaine. Edición revisada y corregida de la primera edición de 1910 (1.300 páginas), hecha en julio de 1949. Esta obra es el libro más voluminoso que se ha editado en el Japón sobre el movimiento social.

OBRAS PUBLICADAS POR LA FEDERACION ANARQUISTA JAPONESA (1947-1952)

- «Anarquismo» (de «Resistencia», U.S.A.)
- «El camino de la liberación proletaria».
- «La carta de París». «La lucha política de los anarcosindicalistas».
- «Sobre la Organización espontánea de una sociedad libre», por la fracción independiente de los comunistas anarquistas.
- «Principios y finalidad de la Federación Anarquista Japonesa».

APUNTE HISTORICO DE LAS EDICIONES ANARQUISTA JAPONESA (1947-1952)

¿1700-1710? «La verdad natural», «El camino práctico», Ando-Soeki (1).

(1) No tardaremos de dar a conocer el estudio biográfico dedicado a Ando-Soeki, retenido aún por la traducción.

- 1882 «Los nikilistas rusos», Cutecu Nisikaña.
- 1882 «El Partido Socialista de Oriente» (el 25 de mayo de 1882 se funda en la isla de Kiusu una organización con ese nombre, pero cuyas tendencias son netamente anarquistas).
- 1885 «Las intrigas de una heroína rusa» (Vela Sacric), Sakutiro Sugita.
- 1885 «Narraciones sobre el Partido Nihilista Ruso», Sakutiro Sugita.
- 1885 «Perturbaciones de la Rusia Moderna», Kacutara Macuda.
- 1902 «Los anarquistas modernos», Sentaro Kemujama.
- 1902 «La esencia del Socialismo», Denjiro Kotoku.
- 1902 «El imperialismo» (El demonio del siglo XX), Denjiro Kotoku.
- 1902 «Los nuevos reclutas», Sakae Osugi.
- 1902 «A los jóvenes», P. Kropotkin, traducido por Osugi.
- 18908 «La Heimin Jimbun» (periódico obrero cotidiano de D. Kotoku, dejó de aparecer en su número 28).
- 1909 «La luz del nikilismo», Sansiro Isikaña.
- 1909 «Historia del movimiento socialista en el Japón», Sansiro Isikaña.
- 1909 «Biografía P. Kropotkin».
- 1909 «La conquista del pan», P. Kropotkin, traducción D. Kotoku.
- 1909 «La Revolución futura y el Anarquismo», Gudo Verjama.
- 1910 «La negación de Cristo», Denjiro Kotoku (sinónimo: Susui, obra escrita en la cárcel antes de ser ahorcado).
- 1912 «Las ideas modernas», Sakae Osugi.
- 1912 «La Heimin Simbrus» (periódico mensual, Sakae Osugi, segunda serie, cesó de aparecer en el núm. 6).
- 1915 (Noviembre). «El individualismo social», S. Osugi.
- 1916 «La filosofía del movimiento obrero», S. Osugi.
- 1917 «Sin-ju» (órgano de los obreros impresores anarcosindicalistas. Tokio).
- 1918 «La crítica de la civilización» (revista mensual de Sakae Usugi y otros colaboradores).
- 1919 (octubre). «Rodo Undo» (el movimiento obrero). Periódico mensual de Sakae Osugi y otros colaboradores, primera serie cesó en el número 6.
- 1919 (febrero). «Rodo Simbrus». (Periódico obrero). Mensual de Sakae Osugi y otros colaboradores.
- 1919 (octubre). «Memorias de un revolucionario», Kropotkin, traducido por Sakae Osugi.
- 1920 (enero). «La idea social». P. Kropotkin, traducida por el profesor Tacud Morito.
- 1920 (febrero). «Nuevos comentarios sobre el Anarquismo», S. Josino.

- 1920 (marzo). «Crítica de la idea», P. Kropotkin, traducido por S. Josino.
- 1920 (marzo). «Estudios sobre el Anarquismo», S. Josino.
- 1920 (marzo). «El Anarquismo en Oriente», S. Josino.
- 1920 (abril). «La técnica del Anarquismo», S. Sasaki.
- 1920 (julio). «La ciencia moderna y el Anarquismo», P. Kropotkin, traducción de Sakae Osugi.
- 1920 (Oct. Dic.) «El apoyo mutuo», P. Kropotkin, traducción de Tacud Morito.
- 1921 (enero). «Rodo undo» (Movimiento Obrero), periódico semanal de Sakae Usugi y otros colaboradores, segunda serie, cesó en el número 6.
- 1921 (enero). «El Obrero», órgano mensual de los obreros impresores anarco-sindicalistas.
- 1921 (diciembre). «Rodo Undo» (El Movimiento Obrero), periódico mensual de Sakae Osugi y otros colaboradores, tercera serie.
- 1921 (diciembre). «El corazón reclama justicia», S. Osugi.
- 1921 (diciembre). «La destrucción de los pobres», Tadjai Iosida.
- 1922 (enero). Biografía de M. Bakunin, el padre del Anarquismo, Sakae Osugi.
- 1922 (febrero). «El Libertario», periódico mensual de Jopu Kato.
- 1922 (noviembre). «El Obrero», órgano mensual de la Asociación Obrera.
- 1922 (noviembre). «El Campesino», periódico mensual de la Asociación de Campesinos.
- 1922 (noviembre). «Dos revolucionarios», de Noe Ito y Sakae Osugi.
- 1922 (noviembre). «Rusia soviética desde el punto de vista anarquista», de Sakae Usugi.
- 1922 (noviembre). «El fracaso de la Revolución», de Sakae Osugi.
- 1922 (noviembre). «La conquista del pan», P. Kropotkin, nueva traducción de D. Kotoku (denunciada por la policía).
- 1922 (noviembre). «A los obreros mineros», de S. Osugi.
- 1922 (noviembre). «La teoría y la acción en la Anarquía», T. Hatano.
- 1922 «Rusia soviética y el Anarquismo», R. Kaji.
- 1923 «El movimiento sindical», periódico mensual de los anarco-sindicalistas.
- 1923 «Corea indómita», periódico mensual de los anarquistas coreanos Bob Recu.
- 1923 «La sociedad actual», periódico mensual de los anarquistas de Osaka.
- 1923 «Rodo Undo» (El Movimiento Obrero), tercera serie. Después de la muerte del compañero Sakae Osugi, víctima del terremoto de Tokio, «Rodo Undo» ha continuado apareciendo mensualmente a cargo de los compañeros K. Kondo, T. Yamaga y otros colaboradores.
- 1923 «El Negro», órgano mensual de los anarquistas de Tokio.
- 1923 «La Federación Libre», órgano mensual de los anarquistas de Tokio.
- 1923 «Kansai» (El Obrero Libre), órgano mensual de los anarco-sindicalistas de Osaka.
- 1923 «El Obrero de Nagoja», órgano mensual de los anarco-sindicalistas de la ciudad de Nagoja.
- 1924 «El Precursor de la Libertad», de Sakae Osugi.
- 1924 «Contra el movimiento político», por el Grupo «Porvenir y Juventud».
- 1925 (marzo). «Obras completas de Sakae Osugi» (diez volúmenes).
- 1925 (agos). «El origen del plagio», «El Manifiesto Comunista».
- 1925 (agosto). «A los campesinos», del Movimiento Federativo de los Campesinos.
- 1925 (agosto). «Polémica», órgano social de la Asociación «Polémica».
- 1925 (agosto). «El Hijo de la Naturaleza», órgano mensual de la Federación de los «Hijos de la Naturaleza».
- 1925 (agosto). «Yo-mismo», órgano mensual de la Asociación «Yo-mismo».
- 1925 (noviembre). «Las manos negras», órgano mensual de la Asociación «Bandera Negra».
- 1926 (abril). «El joven negro», órgano mensual de la Federación «Los Jóvenes Negros».
- 1926 (mayo). «Anarquismo», Stamler, traducido por Makato Hori.
- 1926 (mayo). «La confesión de un moribundo», Daijiro Furuta.
- 1926 (mayo). «La situación del Anarquismo», la Asociación «Bandera Negra».
- 1926 (mayo). ¿Qué es el patriotismo?, Emma Goldmann. La Asociación el Negro, de Nagano.
- 1926 (mayo). «Es así cómo me alejaron de Rusia», de la «Asociación Negra», de Osaka.
- 1926 (mayo). «De la prisión y del trabajo forzado marcha a pie hacia la mar polar», Kontara Goto.
- 1927 «El Periódico Liberador», de la Asociación «El Frente Liberador».
- 1927 «El Periódico Igualitario», de la Asociación «El Frente Igualitario».
- 1927 «El Negro Latente», órgano mensual de la Asociación «El Negro Latente».
- 1927 (septiembre). «La Revista Social», órgano mensual de los anarquistas de Nagoa.
- 1928 (octubre). «El Periódico Libre de Kansai», órgano mensual de la Federación de Kansai «Bandera Negra».
- 1927 (noviembre). «El Salariado», órgano mensual de los «Salariados».
- 1927 (noviembre). «La Liberación de la Literatura», de la Asociación «La Liberación de la Literatura».
- 1927 (noviembre). «El libertario», periódico mensual de Sansiro Isikaia y otros colaboradores.
- 1927 (noviembre). «Desde la ventana de un calabozo», de Kintaro Vada.
- 1927 «La Historia del Movimiento Social en Occidente», Sansiro Isikaia (segunda edición).
- 1927 «Sindicalismo y Anarquismo», P. Kropotkin, traducción S. Isikaia.
- 1927 «Los errores del Marxismo», S. Isikaia.
- 1927 «La lucha por el pan», R. Rocker (traducción S. Isikaia).
- 1927 «Crítica del Anarquismo», Kosin Marofuse.
- 1927 «Eseoj», Sakae Osugi.
- 1927 «El país experimental del Comunismo Libertario», Sorky, traducido por Kosin Marofuse.
- 1927 «El anarquista contestará», Sakutara Iúasa.
- 1927 «¿Qué es el Sindicalismo», Suza Hata.
- 1927 «La sociedad nueva de los cultivadores», S. Isikaia.
- 1927 «La Anarquía», Malatesta, traducido por S. Isikaia.
- 1927 «Fisiocracia anarquista», de Ken-ici-Jasita.

VERSION DE LAS GRANDES IDEAS DEL MUNDO (Ediciones de Sunsu-Sa)

- 1927 «Una Sección del Autoritarismo», E. Ygusi.
- 1927 «La creación de una sociedad libre».
- 1927 «Ley y Autoridad», P. Kropotkin.
- 1927 «Anarquismo», Kaku Nu.
- 1927 «Investigaciones sobre la justicia política», Godwin.
- 1927 «La capacidad política de un sin-clase», Proudhon.
- 1827 «Dios y el Estado», Miguel Bakunin.
- 1927 «Los precusores del Anarquismo», Max Nettlau.

- 1927 «Campos, fábricas y talleres», Kropotkin.
 1930 «La conquista del pan», P. Kropotkin, traducción.
 1930-1946 Quince años de guerra, durante los cuales fueron absolutamente prohibidos todos los movimientos sociales. Todos los libros y publicaciones fueron confiscados por el gobierno.
 1946 «La Heimín Simburs». (Semanario. Tercera serie. Publicado por la Federación Anarquista Japonesa. Cesó de aparecer en su número 152. Después de su reorganización ha cambiado de título).
 1951 (juli). «El comunismo libertario» (Jijun Kjoosan Simburs). Periódico mensual que ha reemplazado a la «Heimín Simburs», como se ha dicho más arriba.

1951 (diciembre). «La Heimín Simburs», cuarta serie publicada por el Grupo Anarquista de Kiusu. Aparece tres veces por mes, hecho a multicopista, como periódico local de la Federación Anarquista Japonesa, dedicado a los mineros de la isla de Kiusu (2).

(Servicio de la Sección Bibliográfica Archivos-Ediciones C.R.I.A.)

(2) Hemos respetado la presentación cronológica de esta aportación bibliográfica. Una vez completados los datos correspondientes, daremos otra clasificación por materias o de acuerdo al carácter de cada publicación.

COMO SE FIJA UN IDIOMA Y COMO SE FIJO EL CASTELLANO

Larga y trabajosa fué tal preparación, habiéndose llevado a cabo entre sangrientas guerras y continuos trastornos, entre densas tinieblas y penosas contrariedades, o sea durante la que llamamos Edad Media, prolongado y curiosísimo parentesis de diez siglos entre la civilización romana y la moderna.

Los albores del Renacimiento y el espíritu de erudición encontraron ya formado el castellano, pero no fijado, porque las lenguas no pueden considerarse fijadas hasta que, a fuer de organismos vivientes, han adquirido toda su talla tomando un carácter definitivo y revelado su idiosincrasia, que es decir su temperamento propio, individual, idiomático.

Las lenguas vivas tienen sus edades y hasta sus minoridades, y la fijación de su existencia en la historia no puede declararse hasta que han florecido y dan frutos sazonados.

En figur, formado se halló el latín cuando en ese idioma se escribieron las doce tablas y más formado todavía estaba cuando Plauto y Terencio escribían sus comedias; pero el latín noble, el latín fijado, aun había de tardar siglos, durante los cuales nada se vió por cierto comparable a la elocuente prosa de Tito Livio ni a los armoniosos versos de Virgilio.

Así también en el castellano: evidentemente iniciada se hallaba su formación en tiempo de San Isidoro; formado en rigor estaba en 1155 cuando la confirmación de la Carta-Puebla de Avilés, y muchísimo más formado en el «Poema del Cid», en las admirables Partidas y otros monumentos escritos en la época de Alfonso el Sabio.

Pero hay que avanzar hasta los tiempos de Juan de Meana y sus sucesores, despedirse del siglo XV y entrar un buen trecho en el XVI para ver a nuestro idioma como reconstituido, regenerado, y desplegar en seguida todo el vigor, toda la gallardía y brios que autorizan su fijación.

Entonces fué cuando los Romanceros, la modesta crónica y la cándida leyenda se remontaron a la majestad de la historia; la novela reemplazó a los libros de caballerías, los re-

franes se levantaron a la filosofía, y la tosquedad de las antiguas farsas y de los Juegos de Escarnio como llaman las Partidas a las representaciones escénicas del siglo XIII, empezó a verse sustituida por cierta cultura y decencia en un nuevo teatro.

Bien sé (por que él mismo nos lo dice en su «Arte nuevo de hacer comedias»); bien sé que Lope de Vega encerraba los preceptos con seis llaves al componerlas; mas lo que, por fortuna, no pudo encerrar fué la grandiosidad de los asuntos. El interés de las situaciones, la nobleza de los caracteres y el arte del diálogo que formaban el distintivo del teatro español.

Entonces tuvimos una literatura propia y exclusivamente nacional, porque el humilde dialecto de los tiempos antehistóricos, el desaliñado romance de la Edad Media, era ya un idioma nacional, una lengua idónea para dar agraciado cuerpo a todas las creaciones intelectuales de la nueva época.

Entonces fueron posibles las obras inmortales de Garcilaso y de Hurtado de Mendoza, Fray Luis de León, de Fray Luis de Granada y de Santa Teresa, de Lope de Vega y Cervantes, de Fernando de Herrera y de Quevedo, y de otros cien autores esclarecidos cuyos nombres esmaltan nuestra historia del siglo XVI.

Entonces, en fin, pudo Alfonso de Palencia ordenar un primer Diccionario (1490), y Antonio de Lebrija componer la primera gramática (1492) y Juan de Valdés su precioso «Diálogo de las lenguas».

PEDRO FELIPE MONLAU.

(1) Pedro Felipe Monlau: Célebre humanista; filólogo. Nació en Barcelona y murió en Madrid en 1870. Escribió entre otras obras notabilísimas las siguientes: «Higiene del matrimonio», «Higiene pública y privada», «Psicología y lógica», «Retórica y poética» y la más importante de todas: «Diccionario etimológico».

POETAS DE AYER Y DE HOY

¡SIEMPRE!

o o o o o

Una rosa marchita
Guardo de un viejo libro entre las hojas,
Y conservo escondido
Un recuerdo feliz en mi memoria.
Lució en su tallo un día
Rica en perfume y en color la rosa,
Mas hoy, mustia, no tiene
Ni ardientes tonos ni fragante aroma.
Fué el recuerdo esperanza
Que iluminó mi juventud dichosa,
Mas hoy, al evocarle,
A mis ojos las lágrimas asoman.
No sé qué extraño encanto,
Qué atracción invencible y misteriosa
Ejerce sobre el alma,
Mas sé que llena mi existencia toda.
Y que no cambiaría
Por un capullo mi marchita rosa,
Ni por una esperanza
Diera el recuerdo de mi muerta gloria.
Cuando mi mente el curso
Del tiempo velocísimo remonta,
Y unir pretendo en vano
Las páginas dispersas de mi historia,
Vencedor del olvido
Ese recuerdo que jamás se borra,
Sin que le llame acude
Con tenaz insistencia a mi memoria;
Y siempre que en mis manos
Cojo el antiguo libro, por sí solas,
A la presión cediendo,
Por donde está la flor se abren las hojas.

Manuel de SANDOVAL

Anselmo Lorenzo

El Proletariado *Militante origen del* Sindicalismo



Ediciones M.L.E.-C.N.T.

EL PROLETARIADO MILITANTE

(Origen del Sindicalismo)

Por Anselmo LORENZO. Dos tomos con 528 páginas. Precio de los dos tomos, incluidos los gastos de envío, 250 francos.

ACABA DE APARECER

“La C.N.T. en la Revolución Española” por José PEIRATS

Materias contenidas en el segundo tomo:

- Capítulo XVI. — ESPAÑA ANTE EL MUNDO.
- Capítulo XVII. — VIDA ORGANICA Y UNIDAD SINDICAL.
- Capítulo XVIII. — LA SOMBRA DEL KREMLIN.
- Capítulo XIX. — EL MILAGRO DE LAS INDUSTRIAS DE GUERRA.
- Capítulo XX. — LA MAREA CONTRARREVOLUCIONARIA.
- Capítulo XXI. — LOS SANGRIENTOS SUCECOS DE MAYO.
- Capítulo XXII. — LA CRISIS DEL GOBIERNO LARGO CABALLERO.
- Capítulo XXIII. — OCASO POLITICO DE LA C.N.T.
- Capítulo XXIV. — IRONIAS DE UN PRIMER ANIVERSARIO.
- Capítulo XXV. — DESTRUCCION DEL CONSEJO DE ARAGON.
- Capítulo XXVI. — LA CRISIS DEL PARTIDO SOCIALISTA.

Precio del ejemplar: 700 francos

Diez por ciento de descuento a partir de cinco ejemplares. Pedidos a «CNT», Hebdomadaire. C.C.P. 1197-21. TOULOUSE (H.-G.).